

Año XXXI.

Madrid, Jueves 9 de Marzo de 1911.

Num. 10.

## HOJITA CUARESIMAL NÚM. 3

Se titula "Jesús en el Tibidabo", se refiere al primer domingo de Cuaresma, y la hemos puesto en Correos oportunamente.

La del "Miércoles de Ceniza" alcanzó el éxito que merecía.

## Respuesta ofrecida

Sr. D. Juan Aragonés Español.  
Zaragoza.

Mi distinguido correligionario: Ha elegido usted, quien quiera que sea, un pseudónimo que simboliza al Pueblo republicano, que fué siempre *Juan* por lo candido, *Aragonés* por lo terco, y *Español* por lo entusiasta. En lo que no ha tenido usted igual acierto es al indicar la persona que podía conducirlo a la tierra de promisión. Esto no quita para que yo le dé las gracias por la buena intención que tuvo al designarme.

Y cumplido este deber de cortesía, al par que de gratitud, comenzaré hablándole á usted de lo del plebiscito.

Para saber quiénes piensan como yo, no necesito abrirlo: hace mucho tiempo que lo sé.

Están conmigo:

Todos los que al pensar en la venida de la República no piensan en ellos.

Los que permanecen constantemente alejados de los sitios donde se reparten cargos ó representaciones populares.

Los que, por ser republicanos, renuncian á la tranquilidad en su localidad respectiva, se ven lastimados en sus derechos y perjudicados en sus intereses.

Los que prefieren pasar vida oscura y miserable en la oposición, á disfrutarla hoy clara y rica confundiendo vergonzosamente con los monárquicos.

Y los que, con alas para subir, no las despliegan.

No creo, por lo tanto, que ningún otro hombre se halle en el partido tan acompañado: ni tan bien acompañado.

En cambio, están, estuvieron y estarán siempre frente á mí ó contra mí, la mayoría (no todos) de los que creen (y les conviene) hacérselo creer á los de-

más) que llegaremos á la República por el camino que seguimos.

Los que imaginan cumplir todos sus deberes políticos y revolucionarios haciendo propaganda en las capitales y pueblos importantes, sin extenderla á los campos.

Los que se desviven por acaparar cargos de representación popular, para desempeñarlos, poco más ó menos, como los monárquicos.

Los que se disputan actas de diputados, para no hacer luego lo que deberían.

Los que aspiran á jefaturas, para gastar en conservarlas las energías que deberían consumir en derribar lo existente.

Y los que vivirían peor con la República que con la monarquía, porque en ésta alcanzan consideración, influencia, y hasta provechos algunos, mientras en aquélla sería cada cual uno de tantos.

Si alguna vez, en 1903, por ejemplo, pareció que algunos de esos estaban á mi lado, fué porque los arrastró la masa popular, declarada resueltamente en favor de la Unión que yo inicié, defendí y realicé; mas como no estaban de corazón conmigo, aprovecharon la *Carta abierta* que dirigí al señor Salmerón, para abandonarme todos... ¡todos!...

Sí; se engaña usted, compañero *Juan*; el Pueblo no respondería á mi voz: se deja arrastrar todavía por los que le ofrecen la República cada vez que necesitan su voto, y ofuscar por los palabreos de gesto tremebundo, ademanos trágicos y frases terribles... Y yo le hablo siempre en forma sencilla, procurando convencerle mejor que apasionarle. No por creer que la pasión haga menos milagros que el convencimiento, sino por carecer yo de medios para conducirlo después á donde quiere ir; y ofrecerle llevarlo, estando en estas condiciones, sería engañarle á sabiendas.

Y yo jamás he engañado al Pueblo. He trabajado en favor suyo cuanto he podido, acertando unas veces, equivocándome otras, pero nunca ofreciéndole lo que no estaba en mi mano cumplir, ni pidiéndole nada á cuenta de un servicio que considero un deber. Por esto no he sido nunca popular en el sentido que suele darse hoy á esa palabra. El Pueblo sigue al que le adelanta, con preferencia al que lo desengaña diciéndole la verdad. En esto se parece á los reyes. Y á los jefes y caciques republicanos.

¿Que logré unir á los republicanos en 1903? Sí; pero al cabo de *veintidós* años de perseverar en la misma idea y poniendo á la Muerte por colaboradora.

Sin haberse llevado ella á Ruiz Zorrilla, Castelar y Pi y Margall, yo no hubiera logrado imponer (¡acancioso resulta decirlo de este modo, pero fué así) imponer como jefe á Salmerón. ¿Y qué sucedió? Que me vi á los dos años completamente sólo otra vez. Como he dicho hace pocos números, entonces debí retirarme de la política para siempre. Pero con la política pasa lo que con los vicios: los conservamos hasta que nos van abandonando ellos.

Mas volvamos al tema:

Cuando oigo decir á gentes que pasan por serias que la República está encima, me sonrío amargamente, y me digo: «Esa afirmación, ó es una candidez, ó un engaño. Si lo primero, hay que lamentarse de tener correligionarios tan inocentes; y si lo segundo, que acabar con los embusteros.

No; la República, ni está encima, ni vendrá, ni la traeremos mientras el Pueblo no recabe su soberanía; mientras no aprenda á juzgar á los hombres por lo que hacen y no por lo que dicen; mientras no se decida á ser tan justiciero con quienes lo dirigen, como ellos son ingratos con él.

Todos los que le piden su voto le hablan de revolución, hasta los más conservadores; pero ninguno intenta luego ponerle siquiera en condiciones de hacerla. Y esto un año y otro; una docena de años tras otra; siete lustros, en fin. Lo cual obliga á exclamar: «La paciencia inexplicable del Pueblo supera á la abulia explicable de sus jefes.»

Porque, no nos engañemos, y digámoslo claro alguna vez: el partido republicano, con ser tan numeroso y tan fuerte, no está preparado para aprovechar cualquier momento que pudiera serle favorable.

¿Nos hemos cuidado alguna vez de prepararlo? No. Y si alguien afirma que sí, ese miente. Hice veinticinco años que los directores del partido republicano únicamente se han preocupado de la cuestión electoral. Las tentativas aisladas sólo probarían que alguno ha tratado de hacer que hiciera para no perder del todo la influencia alcanzada. El mismo Ruiz Zorrilla, que preparó y realizó dos movimientos militares, prescindió del Pueblo. Y por esto fracasaron los dos. Y es hora ya de organizarnos para algo más que triunfar en las elecciones en ciertas capitales, é infundir miedo momentáneo á los monárquicos; debemos organizarnos para traer la República por el único procedimiento que puede y debe venir. Y una de las primeras cosas que conviene hacer para



esto, es cesar un poco en la gritería mitinesca y hablarnos más al oído. Menos viajes de pura ostentación, con vivas, músicas, discursos y banquetes, y más conferencias reservadas con los hombres que en cada provincia influyen en las masas; en suma, lo contrario que se viene haciendo.

Es ya tan insoportable como ridículo esto de unirnos una y otra vez *para hacer la revolución*, y anunciarla, y hasta fijar la fecha del triunfo, y tener ni una peseta, ni un fusil, ni contar con un soldado; y todo para acabar pidiéndole votos al Pueblo. La última vez que esto ocurrió, fué al pactarse la Conjunción vigente. ¿Vigente digo? Sospecho que me equivoco. Pero, al caso.

Al ver aquella actividad vertiginosa de los hombres que estaban á su frente; y oír aquellas amenazas fieras y aquellos apóstrofes tremendos contra la monarquía, y aquellos ofrecimientos de salir á provincias á predicar la buena nueva, no en alegre caravana, sino soplando furiosamente la trompa bélica, todos creímos, yo el primero, que había por fin sonado la hora anunciada por los profetas, y que el Mesías republicano llegaba.

Mas ¡ay! que al ver, terminadas las elecciones, que las aguas revoluciones desbordadas volvían á su cauce antiguo; que nuestros diputados no imitaban en el Parlamento á los portugueses que desde él prepararon la revolución; que llegaron las vacaciones y cada uno buscó un retiro fresco donde sortear los calores del verano, en lugar de correr á levantar el espíritu del Pueblo, que no comía ó emigraba, ¿por qué no confesario?, comencé á descorazonarme, y á creer que la Conjunción moriría como todos los organismos de igual índole que hemos formado: de inanición revolucionaria. Y, sin embargo, callé. Y callando hubiera seguido, á no surgir en el Congreso aquellas dos conciencias inmaculadas que velaron por el honor del partido desquiciándolo completamente.

Y aquí un paréntesis:

(Habrán notado los republicanos de alguna edad, que son naturalmente los mas abrumados de dolorosas experiencias, que siempre que se fusiona, se une ó se conjunciona la masa popular con el propósito de hacer la revolución, surge (pasadas las elecciones de diputados, claro es) un disgusto, una disidencia, un rompimiento, que sirve de pretexto á los de arriba para no hacer nada de lo convenido. ¿Es casualidad, es fatalidad, ó es que se prepara indirectamente? No lo sé, pero sí que siempre se aprovecha; y que la masa echa sobre el que juzga culpable de la disidencia todo el peso de su indignación, sin fijarse en quiénes lo fueron realmente. Y vuelta al poco tiempo á reanudar la unión, con nombre distinto, para hacerle otra desgarradura en cuanto se verifican las elecciones.)

Y, fíjese usted bien en esto que voy á decir, amigo *Araoz*:

Aquellos señores de la Conjunción que por miedo al calor se abstuvieron en 1910 de hacer la propaganda ofrecida, hoy, después de desquiciar al partido, en pleno invierno, *aguantando la nieve y el frío*, como la castañera de la canción, recorren incansables y valerosos las provincias, no para cumplir lo que ayer prometieron, sino para combatir á otros republicanos. ¡Y el Pueblo los recibe cariñoso!... ¡Y los aplaude en vez de silbarlos!... ¿Si será cierto lo de que los pichones han nacido sólo para que los desplumen?.....

Toquemos otro punto.

¿Tienen siempre los de arriba la culpa de lo que viene ocurriendo? Casi siempre; pero alguna vez, seamos justos, la tienen los de abajo. Por ejemplo:

El Pueblo acepta ó proclama un jefe, ó un jefecillo; éste elige luego las personas que han de rodearle y secundarle, y desde entonces sólo ve por sus ojos, aunque la masa que lo eligió á él se ponga en desacuerdo con esas personas.

Y la masa calla, en vez de plantearle este dilema al jefe, ó al jefecillo: «O con los que te hemos elegido, ó con los que has elegido tú. Escoge.»

¡Oh! Si hablara así el Pueblo, ya se irían acostumbrando poquito á poco esos personajes de ocasión á no tener camarillas y á interpretar fielmente los deseos de los que, más que sus mandantes, parecen sus mandatarios.

¿Quiere usted que le diga ahora, amigo *Aragón*, por qué no han servido para nada las uniones que con diversos nombres hemos hecho? Porque siempre entraban en ellas algunos con el único propósito de alzarse con la parte del león; y porque gene almente se hacían, no para favorecer la venida de la República, sino en contra de alguna fracción ó de algún correligionario. Y todo por emulaciones personales, unidas al apetito desordenado de imponer cada cual su respectivo programita.

¡Los programas! He sido constante enemigo de ellos, porque á ellos se ha debido principalmente nuestra división.

Si en dar programas consistiera, apenas hace años que hubiera venido la República. Los hemos lanzado para todos los gustos: radicalísimos, conservadores, entreverados y hasta reaccionarios, y todos ellos sólo han servido para dividirnos y destrozarnos. Sin embargo, hay quienes siguen empujados en fabricarlos todavía. ¡Como si el día que la República se estableciera debiéramos tener otro que el de conservarla por todos los medios!.....

Y otro punto ahora:

Como son varios los republicanos que particularmente me excitan á hacer algo, creyendo que mi influencia alcanza los grados que su afecto hacia mí, quiero aprovechar esta ocasión para sacarlos de su error. Claro que tengo al-

guna influencia: sería soberbia negarlo; mas no hasta donde ellos creen.

Mi situación en el republicanismo fué siempre algo extraña, por haberme casi limitado á señalar orientaciones, ayudar á los que trabajaban (ó fingían trabajar) por la revolución, y combatir á los que ponían obstáculos á la obra. Tomaba un camino, veía después que no conducía al término deseado, y emprendía otro. Atacaba los actos de un jefe por creerlos perjudiciales, variaba él de criterio, y lo aplaudía y defendía. Pensaba que un hombre podía en un momento dado servir á la causa y me olvidaba de su historia. ¡Y adelante!

Esta mi manera de ser me ha hecho sumamente simpático á muchos en unas ocasiones, y horrorosamente antipático en otras, según les favorecían ó les perjudicaban mis juicios; y por esto todos me han combatido é injuriado por turno, y todos, por turno también, me han aplaudido y puesto en las nubes; afortunadamente, ni los ataques me preocuparon ni los elogios me engrieron.

Mientras no propongo nada, y paso el tiempo entretenido con mis curas y mis frailes, todos, aun los que se creen enemigos míos, sienten por mí afecto y consideración. Pero en cuanto señalo una ruta, ó condeno una actitud, vuelvo á ser el eterno perturbador, el impenitente indisciplinado. Los hechos me dan la razón luego; pero, entretanto, los charlatanes triunfan, los ambiciosos medran y la República no viene.

Y es preciso que trabajemos resueltamente por traerla, ó que confesemos nuestra impotencia. Esto, aun siendo vergonzoso, sería más honrado que lo que venimos haciendo: despertar esperanzas y defraudarlas; ofrecer y no cumplir; descorazonar á los animosos; matar la fe á fuerza de engaños en los creyentes. Y esto, habiendo más republicanos cada día, y haciendo cada día los monárquicos más méritos para ser barridos por la escoba popular, en nombre de la justicia, la dignidad y el porvenir de España. Creo que no se ha dado en la Historia de ningún pueblo caso igual.....

Y señalados algunos de los males que sufrimos, apuntaré dónde únicamente veo yo el remedio.

Impotente ya la Conjunción para realizar los fines revolucionarios que se propuso, sin fuerzas ningún partido para realizarlos por sí sólo, y sin autoridad ningún hombre para imponerse, creo llegado el momento de que entre por primera vez y de verdad en funciones democráticas el Pueblo republicano, organizándose en cada provincia y reuniéndose luego sus representantes para acordar el futuro y definitivo organismo que ha de funcionar hasta que la monarquía desaparezca.

Esta idea es ya vieja en mí. La lancé por vez primera no recuerdo cuándo, creo que en 1895, la repetí en 29 de Diciembre de 1900 en un artículo titula-



do ¡A organizarnos! que va á continuación, y la reproduce hará un año próximamente.

¿No la acoge y la realiza el Pueblo? Pues perderá hasta el derecho de censurar á los republicanos de arriba. Tener en la mano la medicina para curar sus males, y no tomarla por agardar á que se la den los que demostraron tantas veces que no querían hacerlo, acreditaría de imbécil al enfermo que tal hiciera.

He dicho por hoy.

JOSÉ NAKENS

## A organizarnos

¿Que me he quedado casi solo? Peor para los que se han ido. Esto prueba que los que se dicen partidarios de la verdad la aborrecen; que tienen hábitos de servilismo que contradicen la democracia de que blasonan.

Además, ¿de qué se quejan? Sin mí, sin mi campaña, nadie hablaría hoy del partido republicano; tan á menos lo han traído sus directores y tan en poco lo van teniendo los monárquicos.

Lo más lamentable no es que se calumnien á éste ó á aquél republicano; después de todo, eso únicamente afecta al que es blanco de la calumnia. Lo que apena, lo que desespera es que no nos haya quedado energía mas que para estas miserias: que respiremos en una atmósfera artificial; que aceptemos como verdades las mentiras, sabiendo que lo son; que cerremos los ojos para no ver; que nos tapemos los oídos para no oír; que no nos apasionemos sino por lo personal, y, en fin, que discutamos en vez de obrar.

A los restauradores, cuando estaban en la oposición, los unía una idea común, como todavía los une: la monarquía. Si se hubieran entretenido en discutir si había de ser de ésta ó aquella forma, no hubieran triunfado en Sagunto. Entre nosotros hay, en cambio, quien quiere que se diga de antemano si cuando venga la República las horas van á continuar teniendo sesenta minutos como hasta aquí, y quien sostiene que esto no debe ser, porque acusaría un respeto exagerado á la tradición. No concordamos en nada en público, y, no obstante, en la intimidad estamos casi de acuerdo en todo.

La llaga es honda, pero no incurable; por creerlo así trabajo en su extirpación. Hay en el partido republicano mucho elemento sano, retraído en parte y en parte eclipsado por la turba vocinglera; hombres de historia limpia que están preteridos porque en ésta ó aquella ocasión tuvieron un arranque de independencia, y que como no chillan, ni vociferan, ni quieren acercarse á tomar puesto en primera fila, nadie los ve ni los toma en consideración; y hay también una gran masa que no piensa en destinos ni en medros y sólo aspira á ver implantada la República.

Con estos elementos y los hombres de buena voluntad afiliados á una fracción, pero que se unían á los que intentaran hacer algo práctico, se podría formar un núcleo más poderoso, más independiente y más decidido que los actuales.

Si no se forma, y pronto, ese núcleo frente al carlismo que se organiza á toda prisa en previsión de acontecimientos que podrán tardar más ó menos, pero que vendrán, seremos responsables de las desdichas que sobre la patria y la libertad vengan; y no podremos siquiera echar la culpa á los jefes, porque la tendremos todos; nosotros en mayor grado que ellos, porque vimos el peligro, y nos entretuvimos en discutir cuando debíamos resolver, en suplicar cuando era necesario imponernos.

Que las provincias se organicen: un par de hombres independientes y enérgicos en cada una bastan para llevarlo á cabo. Y una vez organizadas, que convoque á los representantes de todas la primera que lo haya realizado, y á convenir en lo que debe hacerse. Como no vamos á discutir personalidades ni doctrinas, bien pronto nos entenderemos.

Una vez reunidos y conformes, procedamos á nombrar un Directorio, confiriéndole los poderes necesarios para que pueda resolver libremente en todo aquello que responda al objeto de la organización.

Y si resulta que no hemos conseguido unir á los jefes ni tenemos poder bastante para organizarnos frente á ellos, entonces... á llorar como mujeres, lo que no supimos imponer como hombres.

29 Diciembre 1900.

## Cosme Echevarrieta

Dedico un recuerdo en el noveno aniversario de su muerte á este amigo que tanto valía como hombre y como republicano y renuevo á sus hijos la sinceridad de mi afecto.

## ¡Hechos, hechos, no palabras!

Un conocido republicano de fácil y fascinadora palabra hablaba en un mitin á un numeroso y convencido auditorio. Decía así:

—«Correligionarios: la monarquía fenece, y fenece por su ineptitud, por su fanatismo clerical, por sus crímenes, de los que aún mana reciente la sangre de los sacrificados en Montjuich, y que como reguero de pólvora inflama todo corazón honrado, toda conciencia emancipada. Los Gabinetes monárquicos, en su loco afán de acabar con España, maquinan nuevos *Barrancos del Lobo* donde sepultar miles de españoles y sumir á nuestra patria en el luto y la deshonra.

Hora es ya de acabar de una vez y para siempre con esos vampiros de España; hora es ya de que nos lancemos á la calle dispuestos á derribar un régimen que mata al pueblo de hambre, le confisca sus bienes ó le hace emigrar. ¿Dejaremos pasar esta ocasión tan propicia á la consecución de nuestro ideal? ¿No tendremos el civismo necesario para coger un fusil y lanzarnos á las barricadas cantando ebrios el himno libertador *La Marsellesa*?

—¡Sí, sí! ¡Vengan armas! ¡Vamos á la revolución! ¿Qué esperamos?—contestó lleno de patriotismo el republicano auditorio...

—«¡Calmá, calma!» (1)—replica el vehemente orador;—aún no ha sonado el clarín que nos llevará á la victoria; pero estad dispuestos en todo tiempo, porque el momento se acerca á pasos agigantados...

He dicho.

Y la multitud, desencantada, se dispersa en el orden más completo... y aquí no hubo nada.

La prensa comenta al día siguiente el «sensacional» discurso del *elocuente* orador y subraya las frases más enigmáticas, precisamente por su claridad y concisión, y sin sacar al fin otra cosa de tan «gran» discurso que una gran verdad, verdad aplastante condensada en este refrán de mi tierra: «El que mucho ruxe, poco lleva.»

Pero todo tiene su fin en la tierra, y la paciencia del pueblo español, según á mí me parece, toca á su fin. Ya es hora de que tal ocurra, y que en día no lejano les diga á esos oradores callejeros, desvirtuadores de pueblos:

—¿Queréis que votemos por vosotros en las próximas elecciones? ¿Sí?... Pues bien; id á ganar votos donde puedan cosecharse á tiros; hartó tiempo nos habéis entretenido con vuestros huecos discursos.

Mientras tanto, la emigración arrecia, y no compuesta precisamente de elementos de edad madura, vaciados en moldes anticuados y de religiosa tradición, sino de jóvenes ansiosos de renovación social, de más amplios horizontes, de nuevas libertades y de más progreso y cultura; es decir, savia, vigor, sangre de la patria que jamás vuelve á recobrar. Y si son veinte, cuarenta ó cincuenta mil de ambos sexos los jóvenes que emigran cada año, otros tantos defensores de la República pierde España cada año, que ni moral ni materialmente vuelve á recuperar. ¿Por qué? Porque observan con profundo dolor que allí, donde se muere de hambre un obrero, engorda, medra, vive á sus anchas un cura, un fraile, una monja...

¡Pobre pueblo español, danzante en toda clase de charangas y explotado por todas las *Compañías*!

ANTONIO LLANOS

Habana, 30 Enero 1911.

## PUEBLO ESPAÑOL, DESPIERTA

Es verdaderamente triste lo que ocurre. Cuando mayor es el entusiasmo, cuando más predispuesto se encuentra el Pueblo, nuevos acontecimientos caen desordenadamente sobre él sombrando por todas partes la desilusión y el retraimiento, y dejándole punto menos que inservible para vencer.

Todos desparramados. Unos defien-

(1) ¡Calmá, paciencia! Estas palabras fueron inventadas para las bestias.—BYRON.



den á éste, otros censuran á aquél. Todos republicanos, todos hermanos, y entre todos existe un odio casi mortal... ¿Esto es querer redimir á nuestra querida España? No, y mil veces no. Si los que deseamos la redención de nuestra madre patria y nos llamamos republicanos, lo fuéramos, y no sólo en el casino, ni en el café; si en lugar de entender así la idea la tuviéramos arraigada en nuestro corazón, no se daría el caso de que los que por un mismo ideal luchamos, demos el triste espectáculo de tirarnos los trastos á la cabeza, regocijando con ello á quienes siempre nos han tenido como gente despreciable, diciendo á grandes voces que el partido republicano no podrá nunca llegar al Poder porque es una Babel que lleva muchos años en construcción, y los jefes encargados de las obras, á semejarza de aquellos que querían salvar sus vidas en peligro por el diluvio, tampoco se entien en. Sensible es, pero en parte tienen razón.

Nuestro partido, no modernizado aún, sino gobernado á la antigua, es hoy lo que siempre fué: un partido inmenso, fuerte, robusto, pero fraccionado, desunido, con infinidad de jefes que pregonan la victoria y van sembrando el fracaso y la ruina.

Ya que los actuales momentos me han sugerido estas mal trazadas líneas, á ti, Pueblo resignado, bonachón; á ti que con pasmosa calma soportas miles y miles de incidentes que en tu perjuicio acuden, despierta si dormido te hallas, y poniendo en práctica tu entereza, deja de ser la humilde oveja; transfórmate en el león que orgullosamente ostentas en tu escudo, y demuestra á los que con elocuentes discursos, á ratos fogosos y á ratos sensibleros, te brindan tu salvación, que las palabras son palabras y que quieres obras, realidades; colócate en tu lugar, desautoriza á quienes lo merezcan; sanea los organismos directivos; y si en un plazo prudente no cumplen como deben, nada de contemplaciones, y rigurosamente míale por el mismo rasero al novel político y al que durante años y años te habló de República logrando astutamente hacer de sus frases una gran escala para subir, de la que tú fuiste el primero y principal peldaño.

Así, pues, despierta, que todavía es tiempo; exige, y no te fies de palabras; colócate en tu puesto, que si no los que hoy con su verbo te entusiasman, seguirán haciendo mangas y capirotos de tu presente y de tu porvenir.

Fijate bien, ó seguirás siendo el mártir de siempre, el único pagano; y mientras unos cuantos son felices á costa tuya, tú sumarás á los años que llevas de espera otros muchos más, leyendo y relejendo elocuentísimos discursos.

M. PUMAREJO COS

Santander.

## Urgente

Acabo de leer que los neos van á constituir una *Liga nacional de defensa del clero* con el fin de perseguir judicialmente á todo el que ellos estimen que ha ofendido á la Iglesia, al clero en general, y á cualquiera de sus individuos.

Y como una vez en funciones tales delatores, se correrá algún riesgo al tratar á esas gentes como se merecen, me apresuro á enviar á EL MOTIN, por si llegan á tiempo, los adjuntos reproches que me guardaba para arrojarlos al rostro de esos pícaros en mejor ocasión:

«¡Castos! ¡Humildes! ¡Caritativos! ¡Nobles! ¡Cultos! ¡Leales! ¡Caballeros!»

Advierto al lector, para la mejor inteligencia de lo que antecede, que no debe fijarse en el significado de los anteriores calificativos, sino en lo mal que sienta á todo el mundo el que le llamen lo que no es.

Si no, dígame: ¿Le sentaría muy bien que le llamaran jesuita, neo, etc. etc?

Pues peor ha de saberles á éstos lo que yo les digo.

Porque más distante que el lector de ellos, están ellos de merecer todos y cualquiera de los calificativos anteriores comprensivos de las virtudes ciudadanas.—P. M.



## Cura multado

Un tal Carmelo Morales, de oficio cura y que misa en Cintruénigo, ha sido condenado por los tribunales á pagar 25 pesetas de multa, por las grandes coacciones que perpetró en las pasadas elecciones en el distrito de Tudela predicando furiosamente contra el candidato liberal.

Siento no poder sentirlo, y eso que me hubiera parecido infinitamente mejor que lo metieran en la cárcel un par de meses siquiera, lejos de su ama (si la tiene) y de sus hijas en confesión.

Porque esto de la multa tiene el inconveniente de que, como habrá extraído tres ó cuatro veces su importe del bolsillo de sus ovejas, á pretexto de pagarla, en las próximas elecciones cometerá triples barbaridades, para trippicar después sus ingresos.

Porque los curas salen ganando, hasta cuando parece que pierden.

## La batalla de las "Hojitas"

El clericalismo ha sentido toda la eficacia de esta nueva propaganda, hasta aquí monopolizada por frailes y jesuitas. Sólo los liberales, necios por tradición profesional, han permanecido indiferentes, no sabiendo comprender el valor de esta lucha que tantas veces ha sido explicada en las páginas de EL MOTIN.

¿Como daremos á entender á los liberales el deber de adoptar este género de ataques, que han hecho estremecer al enemigo, cuyos jefes se dan á todos

los diablos y apuran todos los recursos para lograr imponernos silencio?

Lo diremos bien claro. La *Hojita* es un proyectil que envuelve con el papel una idea que por conducto de los ojos penetra en el cerebro católico, desalojando de allí una de las ideas falsas que componen la fe y la moral, que el clero utiliza como llaves motoras de la conciencia, de los brazos y de los bolsillos de los seducidos. Expulsar del cerebro católico la idea inquisitorial que le mueve á matar al designado por el clero, es un trabajo igual al de maniatar al verdugo de la Inquisición para el suplicio. Expulsar la idea del *comercio del Purgatorio*, es cerrar los bolsillos del fiel á la explotación de que con tal idea es objeto.

En la guerra civil, los tiros van contra el, cue po y contra los miembros del cuerpo con bala de plomo y con violencias; en tiempo de paz material, la guerra se hace en el terreno de las ideas, con ideas disparadas á las almas y á las conciencia; en fin, á ese depósito cerebral donde se forman y viven las ideas motoras y las máximas morales, que no son más que ideas motoras.

En esta guerra de ideas, uno es el oficio de rechazar la propaganda que tiene por objeto reclutar, entusiasmar y dar cohesión al ejército liberal, atacando en cuerpo al clericalismo, en sus baluartes, en sus dogmas, en sus máximas, en sus secretos y en sus vicios. A esta empresa ha obedecido la larga campaña de EL MOTIN.

Pero no basta atacar al *clericalismo como cuerpo colectivo*, religioso, civil, político y económico; es preciso atacar al *individuo*, y, sobre todo, hay que atacar al individuo honrado y de buena fe que se aista en las filas clericales sólo porque ignora la historia de la Iglesia, las maldades del clero, la perversidad de los jefes, los infames negocios que con capa de religión verifican y los estragos que causa en los pueblos, en las familias y en el individuo. Estos hombres honrados nos pertenecen á nosotros, son nuestros; si conociesen al clero le odian; el clero nos los tiene secuestrados dentro de los calabozos de la Iglesia, amurallada con los odios que les ha hecho profesor; vendados los ojos á la verdad con el terror que les ha hecho concebir de perder la fe; tapados los oídos con el espanto y con los mil juramentos que les arranca con sus perfidias oratorias. A estas gentes vamos á hablar y vamos á buscar en el seno del clericalismo, andando al araso, reparando *Hojitas*, saliéndoles al encuentro en la vía pública cuando entre la joven y la verdad no se interpone el confesor, y entre la monja y la verdad no se interponga la reja del convento.

Si venimos á robar al clero las almas que él ha robado antes al pueblo, á la civilización, á la patria y á la humanidad; venimos á desarmar con la fuerza interior de la convicción, al tierno mozo del requejé, en cuyo corazón el clero ha infiltrado sentimientos de salvaje furioso y actitudes de asesino; venimos á decir al levoto huérfano, que la manera de redimir los pecados de sus padres difuntos, es reparar las injusticias por ellos cometidas y hacer el bien que dejaron de hacer, y no esa de colear banquetes al párroco y de regalar la hogazanería de los frailes, cuyos rezos suben al cielo enanos de



maldad, de molicie, de soberbia y de iniquidad...

Esto queremos hacer: robar al clero sus tesoros, cegando las fuentes de donde se surte, y robarle los soldados, haciendo que ellos mismos, convencidos de la verdad y poseídos de la justicia, depongan las armas ó las vuelvan contra los mismos que se las afilaron.

#### La rabia clerical

Y porque esto estamos consiguiendo, por esto se desespera el clero y se enfurece como tendero de mercaderías averiadas, á quien se le descubre al fraude; ruge iras como el ladrón avezado al robo sin verse de nadie estorbado, al oír quien enseña á la víctima el modo de defenderse: como jugador de mala fe á quien se le descubre la trampa; como propietario creído de que el crimen radical de su dominio estaba enterrado, al ver exhibidas las pruebas de su crimen.

Tienen de qué desesperarse.

Pensaban ellos que el bloqueo puesto á los suyos no se rompería jamás, y que, haciéndoles concebir terror y odio á la verdad liberal, los tenían seguros y perpetuamente agarrados á sus *dogmas*, que son sus tributos, pues ellos, dominados por tal espanto, jamás serían osados á poner sus ojos en los papeles condenados, ni á asistir á círculos por ellos prohibidos; pero ahora ven que, por medio de las *Hojitas*, las verdades caen en medio de ellos y de los suyos, sienten romperse el bloqueo y observan que en los calabozos de sus antros doctrinales penetra el rayo de la verdad; y este rayo, que los ha sorprendido en sus tinieblas, les alarma y conmueve como se conmueve y se espanta el enjambre de cucarachas sorprendidas por la luz.

#### El complot

Y ahí tenéis las cucarachas clericales sitiadas en sus escondrijos, meditando planes é intrigas para impedir este ataque.

Su conducta, por la misma habilidad con que encubren y despistan el origen, revelan el origen verdadero.

Presentan las denuncias y promueven visiblemente la acción popular clerical, no los jesuitas, que son los verdaderos directores de la Iglesia, ni los obispos, que son hace tiempo los gerentes visibles del jesuita invisible, sino sujetos sin misión oficial en la Iglesia y sin título de autoridad eclesiástica. ¿Qué pito tocan esas gentes en el clericalismo? El pito de los testafierros y barateros.

Conocemos perfectamente esta táctica, que revela la cobardía de los obispos. ¿Por qué no dan ellos la cara?

#### La Iglesia y el Gobierno

Si el clericalismo pretende complicar al Gobierno en la persecución de las *Hojitas* ¿no tiene ocho obispos senadores y cien diputados clericales para dirigirse al ministerio público, honrada y limpiamente?

Si nuestras *Hojitas* estuvieran fuera de la ley, el clericalismo habría hecho retumbar las Cortes gritando contra la transgresión de la ley. Este silencio comprueba que saben que la persecución no puede ser á la luz del día, ni por personas de prestigio aparente, sino secreta y tenebrosa, como las accio-

nes vergonzosas, utilizando gentes sin calidad y anónimas, sin noción del ridículo ni de la indignidad.

¿Temen los obispos sacar á colada en las Cámaras la discusión de las *Hojitas*? ¿Temen acaso que pasen al *Diario de las Sesiones* los textos?

La prensa nea responde á las *Hojitas* con insultos, groserías, dieterios y con los adjetivos de uso especial de los sapos religiosos. Si son falsas las doctrinas, ¿por qué no las refutáis? Si son dudosos los textos, ¿por qué no los discutís?

Para eso estáis vosotros, periodistas subvencionados; para *triturar el error*, y no para insultar con ternos y sacros de sacristía á los autores; para esto cobráis vosotros, obispos; para tomar la iniciativa y dar la cara por vuestro dogma y por vuestra Iglesia. Fariseos é hipócritas: el que llamáis vuestro Maestro, nos ha dado la réplica: si mentimos, decid en qué; y si no, reconoced valientemente y sin cobardías la hipocresía que destruimos.

#### La moral de las Hojitas

Los que llamásteis hereje, loca y ligera de cascos á Juana de Arco; impostor, farsante é infame á Savonarola; vosotros, los eternos infamadores de los justos cuando carecían de prestigio popular, y sus explotadores cuando triunfaron en la conciencia de las masas; vosotros, chusma judía de rabinos y mercachifles piadosos; sayones inconscientes del requeté; verdugos anónimos de la santa Hermandad; vosotros habéis hecho monopolio de Cristo, del Evangelio y de los santos, extrayendo de ellos lo que os convenía, mutilando sus doctrinas, ocultando al pueblo los anatemas que contra vosotros tienen fulminados. Mutiladores de la Biblia, que tapáis con unos versículos vuestras maldades reprobadas en otros; mutiladores del Evangelio, al cual invocáis en lo que os favorece y calláis en lo que os perjudica; vosotros todos sabéis que las *Hojitas* vienen á esto precisamente: á acabar con vuestras mañas.

¿Decís que la Biblia es santa? Allá encontraremos vuestra maldición.

¿Invocáis el Evangelio? En él veremos vuestros infames negocios y vuestra páfida hipocresía.

¿Habláis de los santos Padres? A ellos les preguntaremos y ellos serán vuestros fiscales y acusadores.

Esto harán y están haciendo las *Hojitas*: demostrar que sois gentes sin Cristo, sin Dios, sin religión y sin moral; vuestros mismos códigos os condenaron, y vuestros flejes se hallarán en el caso de renegar de Cristo ó de vosotros. He aquí *nuestra piedad* y la *vuestra*: nosotros demostramos que vuestra piedad fingida es la quinta esencia de la impiedad; y las *Hojitas*, apiadándose de la explotación que hacéis de los píos que habéis atado á vuestra impiedad con la piedad falsa de vuestra mística parda, realizarán la piadosa empresa de quitarles la venda que habéis atado á sus ojos y de destapar sus oídos de las mentiras con que se los habéis tapado.

¿Os irrita esto? ¿Os encocora y os desespera? Mayor es la desesperación de vuestras víctimas extenuadas, explotadas, envilecidas y escarnecidas. Habéis hecho del pueblo español el burro en que vais ricamente montados; os

desespera que aprenda á cocear ¡ta manso como era! ¡Pobrecita gente pia dosal!

¡Tomad *Hojitas*!

## Entierro civil

Con una concurrencia enorme se celebró el 23 de Febrero en el pueblecito de Tarrós (Lérida) el del prestioso republicano y libre pensador D. Juan Llovera.

El acto fué una importantísima manifestación de duelo, que fué presidida por el padre y parientes del finado, concurriendo muchos hombres y mujeres, y muchos republicanos de la Juliola y Castellserá y demás pueblos comarcanos.

Una vez llegada la comitiva al cementerio, el correligionario D. Cayetano Puig dió las gracias á los concurrentes en nombre de la familia del finado, estimulando á todos á repetir estos actos, á fin que predomine la razón y la verdad sobre la falsedad é hipocresía de la Iglesia.

Descanse en paz el hombre honrado y laborioso que supo y tuvo fuerza de voluntad para morir como siempre pensó.

JOSÉ FARRÁS

Juliola.

## La sagrada propiedad

Hace cientos de años, un hombre de León ó de Castilla, más aficionado á los azares de la guerra que á las «dulzuras» del trabajo, se alistó en la hueste levantada por San Fernando para realizar, no una de aquellas invasiones en que «castigábamos» al infiel apoderándonos de sus ganados, frutos y riquezas, y quemando y abatiendo lo de difícil transporte, sino una verdadera campaña de conquista.

Nuestro hombre era valeroso, y aparte la menuda ganancia que le correspondía del botín y de lo que él pudo agenciarse buenamente, al llegar el ejército á las puertas de Sevilla, de peón se había convertido en caballero, no por ascenso, que entonces no parece que se usaban estos requilorios, sino por haberse hecho del caballo y de las armas precisos para lograr tal categoría.

Tomada Sevilla, á nuestro héroe correspondió por tal razón mayor parte en el reparto del botín; por igual motivo él pudo proporcionarse, con independencia de los demás, mayores riquezas—ya estaba en vigor el refrán que dice: «en campaña, el que apaña, apaña»,—y, por contera, el rey le metió en el reparto de casas, olivares, tierras de pan llevar, etc., etc., con más algunos esclavos que labraran los predios, que no era justo que tan esforzado paladín de la fe, ya hijodalgo, se mancilara con trabajo de sus manos...

Han pasado ochocientos años, y la descendencia de aquel prófugo del tra-



bajo, ennoblecida y enriquecida en primer término por esta hazaña y después por centenares de hazañas igualmente gloriosas, vive y disfruta en Madrid sin cuidados ni afanes, incluso porque hay una sabia organización social que impone á todos respeto para la propiedad, la cual propiedad es el premio otorgado á la laboriosidad, la economía, la honradez, etc., etc.

Hace unos cuarenta años vivió en Inglaterra un novelista ilustre entre los ilustres.

Produjo obras portentosas, de las que en su patria se hicieron millares de ediciones, que se tradujeron a todos los idiomas.

Cándido pensaría que los descendientes del gran Dickens vivirían hoy en la abundancia con la propiedad creada por su progenitor, y Cándido se equivocaría.

La propiedad intelectual prescribe—es la única que prescribe,—y los herederos de Dickens están en la miseria.

Verdad que pueden consolarse pensando que en Inglaterra hay familias aristocráticas y opulentas cuya fortuna tuvo igual bello y puro origen que la del «reconquistador» de nuestro ejemplo.

J. J. MORATO

## Cura modelo

El de Mora de Ebro ¡oh qué gran párroco! Si todos los de España fueran como él, no iría tan de capa caída la religión de nuestros mayores.

El domingo de Carnaval subió al pulpito y ¡che usted y no se derrame! puso de hoja de perejil á los fieles que pensaban vestirse de máscara.

A las madres les dijo que no tenían educación ni vergüenza si permitían que sus hijas se disfrazasen ó fueran á los bailes; y á los hombres, que eran unos bestias hartos de paja y cebada.

Bien hecho; duro, duro en esos imbéciles que van á oírle aun sabiendo que casi siempre los insulta. Si se estuvieran quietos en sus casitas ó tomando el sol en el campo, no se enterarían de lo que les dice.

Claro que se vengan luego diciendo que si condena el lujo y tiene carruaje, y gasta manteos de seda, guantes, zapatos de charol con hebilla de plata; y hasta se atreven á suponer que si trataba con mucho mimo á una sirvienta que tuvo en su casa y...

Puntos suspensivos, porque peor es menealo.

## La cola del cometa

Casi todo el mundo se ha olvidado ya de aquel *golfo* de los espacios siderales que tuvo la amabilidad de acercarse (relativamente) á nosotros, hace nueve meses.

Anunciada su aproximación por los astrónomos, no hubo disparate, propagado por muchos, y creído por muchos más, que no circulase entre el vulgo de todas clases y condiciones, con honores de profecía.

Se dieron casos de suicidio, de locura, de penitencia y de otras aberraciones por el estilo; porque resulta que, después de habernos reído mucho de los famosos milenarios y de otras mil chifaduras de edades pretéritas, nos encontramos en el siglo xx con las mismas tragaderas de aquellos antecesores nuestros á quienes debemos las innumerables religiones positivas que han llegado hasta nosotros.

Pues bien; sucedió entonces que en cierto pueblo de una provincia muy próxima á la en que escribo estas líneas, tuvieron varios jóvenes, bien intencionados, maleantes y juguetones, como diría Cervantes, la diabólica idea de echar á volar la noticia del fin del mundo en la fecha señalada por los astrónomos, añadiendo que sólo quedarían vivas en nuestro pobre y desacreditado planeta las mujeres que á la sazón se hallaran en estado interesante.

La noticia circuló por toda la comarca con la rapidez con que circulan todos los despropósitos en los países creyentes, y fué acogida con la facilidad con que se acoge cualquier absurdo por gentes que deglutieron misterios al poco tiempo de deglutir las primeras sopas.

Y sucedió lo que tenía que suceder: que las almas sencillas de muchas jóvenes, aterrorizadas ante la perspectiva de una próxima muerte en la edad de las ilusiones, cayeron como cándidas palomas en el lazo tendido á su credulidad, y en los amantes brazos de quienes podían ponerlas en estado de continuar siendo inquilinas de nuestro misero globo.

Yo no tuve el gusto de ver el cometa en la noche de la anunciada catástrofe, porque me fuí muy temprano á la cama; pero hoy mismo he podido observar su cola, y me he dicho, con permiso de los teólogos:

—No sé si la fe salva; pero tengo la seguridad de que, á veces, hinch.

STONE

Solares-20-II-1911.

## José Pérez Martinón (Cantaclaro)

Tres hombres he conocido para quienes la restauración ha sido un fiero azote: el P. Francisco Arriaga, fallecido oscuramente en Mérida de Yucatan; el Dr. Hernández Ardieta, hoy refugiado en un asilo diocesano de Barcelona, y D. José Pérez Martinón, recientemente fallecido en Valencia; tres caracteres procedentes del clero del tiempo de la revolución á cual más talentosos.

Como otros sujetos nacen jorobados, ellos nacieron sinceros; por esto Arriaga no ha figurado en la alta curia romana; por esto Ardieta no ha muerto sien-

do primado de Toledo, y por esto Martinón no ha sido el currutaco de la aristocracia nacional.

Tócame hoy hablar de Martinón, que ha hecho célebre el pseudónimo de *Cantaclaro* en el *Pueblo de Valencia* y el del *Canónigo del Sacromonte* con que publicó varios libros.

Conoció allá por el año 1902, siendo redactor de *Las Noticias* de Barcelona, suspenso de licencias, emigrado de Madrid y viviendo con quince duros de mensualidad.

Fué á explorarme y á hablarme de muchas cosas, que pueden resumirse en una lamentación sobre el fatal estado de la Iglesia y de España.

Su vida había sido una serie de odiseas espirituales y morales; su onda vital había sido enorme.

Conocía como pocos la vida de la Iglesia, con todas sus hipocresías y maldades, de arriba y de abajo, de la derecha y de la izquierda; y de toda su larga experiencia, quedábale una ancianidad sin oficio ni beneficio, el desengaño de la fe..., y una fe infantil en la posibilidad de la regeneración de España.

Trabajaba por ella con ardor y con toda su travesura.

—Mi campaña contra la Iglesia es feroz —me decía, dejándome extrañado; y al ver mi extrañeza, añadió:

—En *Las Noticias* soy el redactor de la sección religiosa; he de extractar la vida del santo del día, dar cuenta de las funciones del culto... ¡Feroz, sí, señor, feroz!...

Y como viese aumentar mi sorpresa, prosiguió hablando:

—Sí, señor; hème propuesto acabar de embrutecer á la piedad barcelonesa, y lo estoy consiguiendo... ¿Cómo? Le diré: extractando de la vida de los santos las leyendas más brutales, enalteciendo los oradores más locos y propagando las devociones más imbéciles... Sí, señor...; eso de San José de la Montaña es cosa mfa... El invento de las cartas á San José, cosa mfa... ¡Cuánto me río al ver la grandeza de la imbecilidad humana!...

Confieso que me dejó maravillado; y al oír á Martinón, y al recordar el gran número de libros y periódicos repletos de imbecilidades y de brutalidades, parecióme ver á sus autores riéndose, como Martinón, gozándose en embrutecer á la gente devota, esperando que el empacho de brutalidad les haría vomitar el arsenal de supersticiones que llevaban en su estómago.

Quedó cesante no recuerdo por qué, y entonces fundó un Boletín Eclesiástico hispano americano, que había de dirigir él desde trascortina, sujetando los escritos á la censura previa del diocesano.

El periódico entró, desde luego, en buena madre; publicó algunos excelentes retratos de algunos excelentísimos obispos; pero el de Barcelona se enteró de que Martinón andaba de por medio y puso la proa á la revista, que murió al poco tiempo, quedando Martinón suspenso de licencias y de cocina.

Cercado del hambre, dióse en discutir, decidiendo por último exprimir el título de maestro que poseía. Con este objeto fué á Valencia, en donde ha realizado la gran labor anticlerical que se



notoria, como maestro y como escritor.

..

La historia de Martinón, como la de todos los eclesiásticos que entran en conflicto con los obispos, nos hace ver la gran imbecilidad, crueldad é impiedad de los jerarcas eclesiásticos. El arma que esgrimen sobre sus víctimas escogidas y *el hombre*; esa hambre que se sirve del estómago para exprimir los jugos cerebrales y atrofiar el corazón.

Con Martinón esta lucha tuvo rasgos singulares. El se había ordenado á título de patrimonio en Jaén. Una vez suspendo y sitiado por el hambre, reclamó aquel patrimonio inútilmente. No conozco por menor las cláusulas de la Escritura, pero basta conocer las leyes generales y esenciales de esta institución para saber que Martinón ha sido defraudado, si ya no ha sido víctima de una expoliación criminal, en cuyo caso los ladrones serían el obispo y los curiales.

En Barcelona dióse el otro caso de perseguirle en su revista, no ciertamente por razón de las doctrinas ya que iban sometidas previamente á la censura, sino *in odium auctoritatis*, odio hipócrita y concentrado, odio realmente de muerte.

En varias ocasiones llamé la atención del obispo de Barcelona, del arzobispo de Valencia y del propio secretario de la Nunciatura sobre este y otros casos, acusando la crueldad de la Iglesia y lo contraproducente de este sistema de ataque cuando se trata de caracteres desposeídos de la pusilanimidad y de la inutilidad indispensables para sucumbir pasivamente á los pies del obispo fanfarrón. Casañas comprendió mis advertencias y se dispuso á evitar la desesperación del hambre; él costeó el viaje y traslado de muebles de Martinón á Valencia, cuyo arzobispo cometió su centésimo error de asediado al perseguido con el mismo cerco del hambre para rendirle.

El pueblo liberal valenciano salvó la vida de la víctima: la redacción de *El Pueblo* dió albergue á su pluma y lumbré á su hogar; abrió el colegio de San Felipe, que no tardó á acreditarse, y Martinón fué pronto más fuerte en su posición que Guisasola en la suya.

Allí se dió el gallardo espectáculo de ver al víctima agasajado y querido, paseando con entera libertad por calles y plazas, rodeado del cariño popular, en tanto que el arzobispo se veía sitiado en su palacio y no podía salir sino rodeado de bayonetas para evitar el linchamiento.

Una de las batallas sostenidas entre Martinón y el arzobispo, fué el pleito sobre el uso de la sotana; hecho que conviene divulgar para conocimiento de clérigos, de obispos y de públicos.

Martinón entendió el juego de la Iglesia: que por una parte declara al clérigo perpetuamente atado á los pies de los caballos pontificios, y por otra ella se desliga de él, negándole todo derecho, todo honor y todo respeto. De este modo resulta que la Iglesia reclama que el clérigo sea clérigo para deshonrarle cuando la plazca, y le trata como lego para continuar la deshonra cuando ya está harta de deshonrarle como clérigo.

Martinón respondió á este sistema

con el suyo: de *hacerse clérigo* cuando con la sotana podía deshonrar la Iglesia, y haciéndose seglar, tirando la sotana, cuando ya no podía deshonrarla á ella y sólo le servía para deshonrarse.

Advirtió Guisasola este juego de *pillo á pillito*; llamó á Martinón y le invitó á colgar definitivamente los hábitos.

—Antes me aspan—respondió Martinón.—Esta sotana es propiedad mía: pagué muy caro el derecho de pasearla, y pues ella me ha deshonrado á mí en mi juventud y mocedad, no será por culpa mía si no la deshonra todo lo deshonorable en mi vejez.—Y, sí; él utilizó la sotana como Guisasola usa el capisayo para la campaña contraria. Tal para cual; ambos usaron el *hábito* como muleta para torear el uno al otro, conociendo ambos el valor del percal en el redondel de los toros eclesiásticos.

Esta lección deben aprender los *c'érigos*; no soltar la sotana mientras tenga un hilo aprovechable; paseando la sucia, mugrienta, rota, llena de manchas, exhibiendo su repugnancia máxima por los paseos de lujo, y si es posible por los salones aristocráticos, poniendo en caricatura la clase, según práctica sabia de la Iglesia. La regla que debe seguir para ello es sencilla: llevarla cuando los obispos no querrían que se llevase y no llevarla cuando ellos quisieran que se llevase.

..

Murió el aguerrido soldado; su labor no pasará á las bibliotecas como monumentos literarios, sino que ha pasado directamente á archivarse en los espíritus que irradiarán las ideas de que él supo empaparles en la lucha palpitante, atravesando tiempos y espacios.

..

Murió sin mancharse con la unción; fué enterrado civilmente, al revés de esos otros apóstoles liberales de seriedad de asno que guardan su humor de sacristán para sacarlo en la hora de la muerte.

El solemne entierro de Martinón me trae á la memoria el de un sacerdote fallecido en Octubre en el Hospital de Santa Cruz de Barcelona, habiendo rechazado los sacramentos y siendo llevado al cementerio religiosamente.

Ya hablaremos de ello. Basta ahora apuntar lo chocante de ver á los legos impíos pedir sepultura eclesiástica al morir y á los sacerdotes rechazando la asistencia de tan bella compañía. A este paso, los clérigos van á ser los únicos que van á enterrarse civilmente.

P. O.

## Desde Cádiz.

Un amigo me envía varias noticias pidiéndome que las comente, y voy á complacerle:

«Una dama opulenta, recientemente fallecida, ha legado una importante suma para que se apliquen 2.000 misas por su alma.»

Mala idea tenía de sí misma esa señora, cuando creía que necesitaba dos millares de misas para salir del Purgatorio.

Pero como en estas cuestiones de conciencia no debe entrar nadie, única-mente se me ocurre decir:

Lo triste para esa señora sería que la hubiesen destinado al Infierno en vez de al Purgatorio, y no tuviese medios de girar desde allí contra los que recibieron el importe de las dos mil misas, ya que no han servido para el objeto á que las destinó.

Yo creo que nadie debería dejar cantidad alguna para misas hasta no saber si necesitaba que se las dedicasen, y que tampoco deberían los curas y frailes recibirla hasta no enterarse fijamente de si el alma del donante estaba en el Infierno ó en el Cielo.

Pero, en fin, allá ellos. Como yo no he de dejar ni un céntimo para sufragios, por tener ya asegurada la condenación eterna, que cada cual obre como mejor le parezca.

«El órgano de las sacristías en ésta, nos habla de un templo derrumbado por un rayo en Algar, para cuya reedificación espera diez mil pesetas del Gobierno.»

Gobierno que no debe darlas, por no contrariar altos designios.

Los templos son llamados casas de Dios.

Dios, ó sea el dueño de esas casas, es quien, según los creyentes, envía los rayos á la tierra para dar testimonio de su ira.

Cuando dispuso ó permitió que un rayo derrumbara la iglesia de Algar sus razones tendria.

Y, por consiguiente, todo el que contribuya á que se reedifique, se expone á contrariar su voluntad.

Y no digo más, por parecerme que esto es claro y hasta perfectamente ortodoxo.

«Se hallaba durmiendo una pobre mujer cuando cayósele un cuadro que tenía colgado en la cabecera del lecho, resultando herida en la frente. El cuadro era un santo.»

Hasta ahora se decía: «No se puede uno fiar ni de la camisa que lleva puesta.»

En adelante debería sustituirse esa frase por ésta: «No se puede uno fiar ni del santo de su devoción.»

Aunque vaya usted á saber si el santo se desprendió de la pared por haberse reblandecido el yeso con las humedades de estos días; en cuyo caso no merece ser inculcado por la herida.

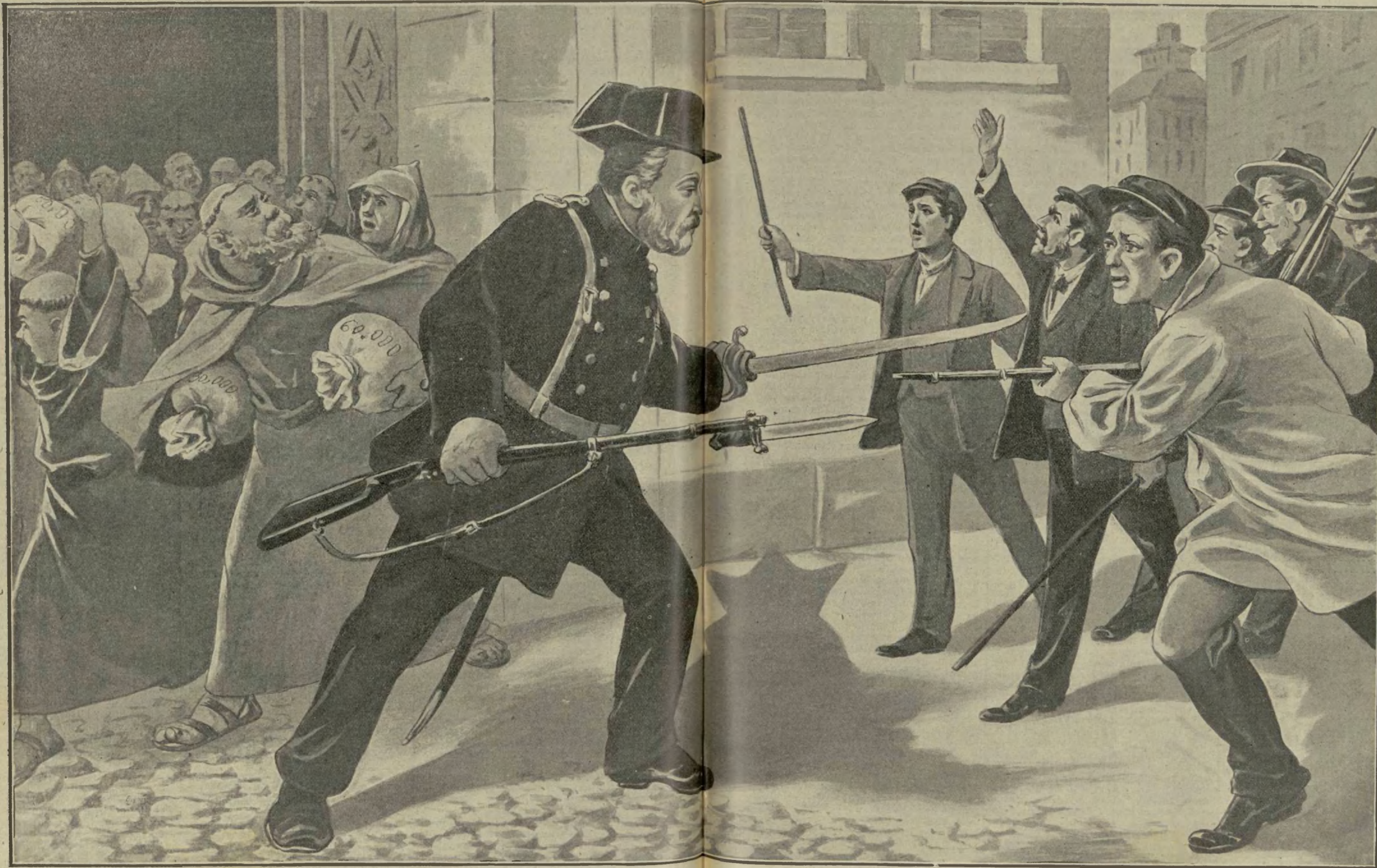
«En Puerto Real (Cádiz) se viene arreglando la torre de la Victoria por suscripción pública, en que figura gente que nunca da una peseta para remediar una verdadera necesidad.»

Esto ocurre siempre. Los que dan dinero á los curas, nunca se lo dan al prójimo.

Y se acabaron los comentarios.



# EL MOTÍN



**El campeón de las abnegadas, desvalidas y explotadas Ordenes religiosas.**

Ayuntamiento de Madrid



Habiéndose trocado en el ajuste algunos párrafos del siguiente artículo, publicado en el número anterior, se reproduce en éste, á fin de que los lectores puedan apreciar bien su importancia.

## LOS PRESUPUESTOS ESPAÑOLES

1.122 millones para 1911

Los presupuestos de un país son el instrumento que los Gobiernos tienen á su disposición, conjuntamente con las tarifas arancelarias, para desarrollar el progreso y la riqueza pública ó producir el atraso y la ruina. Los presupuestos son la aplicación práctica de todos los programas políticos, y con ellos puede hacerse desde el Gobierno la política que se quiera: liberal ó absolutista, reformista ó reaccionaria. Esto es axiomático.

También es axiomático que un presupuesto grande no envuelve la condición precisa de que sea un presupuesto malo. Un presupuesto grande puede ser bueno si se invierte bien, y un presupuesto pequeño es malo si se invierte mal.

Por desgracia, el caso de España es el peor: su presupuesto es grande y malo. No hay más que ver su distribución:

### Obligaciones generales

Pesetas Céntimos

Casa Real.....	8.900 000,00
Cuerpos legislativos..	2 468 000,00
Deuda pública.....	409.397.511,06
Cargas de Justicia....	1.029.791,99
Pensiones.....	75.018.000,00
<b>TOTAL.....</b>	<b>496.813.303,05</b>

### Departamentos ministeriales

Presidencia del Consejo de Ministros.....	688.938,88
Estado.....	6 582.487,50
Gracia y Justicia.....	61 349 211,42
Guerra.....	188 356 697,21
Marina.....	68 479.487,67
Gobernación.....	79 302.106,68
Instrucción pública...	58.524 586,12
Fomento.....	103.341.381,80
Hacienda.....	57.294 255,14
Posesiones del Golfo de Guinea.....	1.900 000 00
<b>TOTAL.....</b>	<b>625.819.152,42</b>

### Resumen

Obligaciones generales.....	496 813.303,05
Departamentos ministeriales.....	625.819.152,42
<b>TOTAL.....</b>	<b>1.122 632 455,47</b>

Resulta de esto que los dos departamentos de gastos, que pueden llamarse reproductivos, son Instrucción pública, con la miserable cifra de 58 millones, y Fomento, con 103; y como puede deducirse luego afirmarse, conocida nuestra organización ofinesca, que de esas cifras, la mitad, por lo menos, se emplea en burocracia inútil, quedan á todo tirar 80 millones para desarrollar cultura y riqueza. Es decir, poco más del 8 por 100, invirtiéndose el 92 por 100 res-

tante en la Deuda y en burocracia civil, militar y eclesiástica.

Precisamente aquí es donde radica el punto flaco de los presupuestos españoles: en la proporción de los gastos improductivos con los reproductivos; y cualquiera que tenga nociones superficiales de los presupuestos de las demás naciones europeas y de su forma de inversión, así como de la riqueza imponible en cada país, advertirá la enormidad de la carga con que el fisco español abruma al contribuyente.

No consiente la índole de este trabajo, al que habría que dar proporciones desmesuradas, el hacer un estudio comparado de los presupuestos españoles con los de los demás países civilizados. Para nuestro objeto bastará la comparación con Francia, que es la nación europea que mayor presupuesto soporta con relación al número de sus habitantes, por causas de todos conocidas.

Aceptando la población de España en 18 millones de habitantes y la de Francia en 40 millones, resulta que cada español paga al Estado 62 pesetas y cada francés 90 francos. A simple vista parece que el francés paga mucho más, pero resulta todo lo contrario, puesto que cada francés, según las últimas estadísticas conocidas, es poseedor de 3 1/2 tantos de riqueza más que cada español. Es decir, que la riqueza del español está representada por la unidad, y la del francés por 4 1/2; y si el francés tributara por su riqueza en la proporción que tributa el español, pagaría, no los 90 francos que hoy paga, *per capita*, sino 126. El francés tiene además á su favor que el Estado allí, á pesar de la enorme carga del Ejército y Marina, invierte en los llamados gastos reproductivos, representados por Instrucción, Agricultura, Obras públicas, Correos y Telégrafos y Colonias, el 23 por 100 de su presupuesto, cuando aquí ya hemos visto que se distribuye el 8 por 100.

Somos un pueblo que se nutre de leyendas y de frases hechas, por nuestra pereza intelectual, que no nos consiente el análisis frío y metódico de los hechos. Tenemos la leyenda de *España, país rico*, y España es un país pobre, de los más pobres de Europa; leyenda que corre parejas con la de Cánovas, estadista, y Villaverde, hacendista. Cánovas, con quien la historia será severísima, fué sencillamente un tuerto entre ciegos, pero tuerto y muy tuerto, que por su falta elemental de previsión y por su política inmoral y de egoísmos, nos condujo á la catástrofe, á la pérdida de las colonias, y al plano inclinado de decadencia y ruina que hemos empezado á recorrer.

Y en cuanto al famoso Villaverde, su mérito consiste en haber inaugurado la era de los grandes presupuestos; pero de los *grandes presupuestos de gastos*, sin parar mientes en la riqueza desarrollada ó existente, ni en la capacidad tributaria del país, y agotando las reservas de la nación. Fué un excelente recaudador de contribuciones y ejecutor de apremios que no se detuvo ante nada para restaurar, hasta con lujo inclusive, la parte externa: la fachada de la casa. Le ayudó entonces la repatriación de muchos capitales de las colonias, que dieron al país cierto espejismo de prosperidad. Pero la casa quedó por dentro y continúa aún vieja y ruinosa.

Sus sucesores, es natural, encontra-

ron cómodo y fácil el procedimiento, y aquel presupuesto de 900 millones, que tantas protestas suscitó, poco á poco se ha ido elevando, y ya hoy llega á 1.122 millones, carga muy superior, no vacilamos en afirmarlo, á las fuerzas del pueblo español, sobre todo por la forma de la inversión.

Y así como las leyes físicas no pueden quebrantarse sin detrimento del organismo humano, tampoco las leyes económicas pueden infringirse sin perjuicio de la riqueza y el adelanto de los pueblos. A la vista están ya los resultados y consecuencias de política tan desatentada. Conjuntamente con los irracionales aranceles proteccionistas, los presupuestos altos han elevado el coste de la vida de tal modo, que hoy en España resulta mucho más cara para los artículos de comer y vestir que en Francia, Alemania, Inglaterra é Italia; y los españoles, para no morir de hambre, se ven forzados á emigrar, y emigran á bandadas, y, fatal y matemáticamente, el capital emigra también, porque, claro está, donde se va la gente, el capital sobra asimismo, puesto que disminuye la producción y el consumo.

De los dos males, el peor es el primero. España, con su poca densidad de población, no puede permitirse el lujo de echar del país á sus clases trabajadoras. El capital se moviliza pronto, y pronto vuelve si la situación económica lo atrae; pero de los españoles que se van, jóvenes y fuertes casi todos, de esos, vuelven pocos, y con ellos se va la savia del país y se aleja cada vez más la esperanza del progreso y regeneración de esta desdichada tierra.

JOSÉ COSTA ROSELLÓ,

Exdiputado á Cortes por La Habana

(Vida Financiera.)

## Desde Orihuela

Hace proximamente un año llegó á esta ciudad de Orihuela el señor Obispo de Cartagena con el objeto de hacer confirmaciones en la Iglesia de Santo Domingo, residencia de los jesuitas en esta localidad. Todos los vecinos clericales fanáticos acudieron á la iglesia acompañando á sus pequeños hijos. A las ocho de la mañana se abrieron las puertas del templo, llenándose por completo de gente, en su mayoría mujeres y niños, y al instante se cerraron.

Eran las tres de la tarde; el amor me llevó por aquellos alrededores, y vimos un grupo compuesto por hombres en su mayoría. «¿Qué pasa, caballeros?», preguntamos. «Mucho y malo», nos contestó uno del grupo; desde esta mañana á las ocho están nuestros hijos encerrados ahí dentro (señalando á la iglesia); nos creíamos que esto de la confirmación era cuestión de una hora, y ya ves, van transcurridos siete, y todavía no han salido: la mayor parte están sin almorzar, algunos enfermitos, y dentro del templo se oye una de llantos que nos tiene desesperados.

Nos dirigimos á escuchar desde la puerta, para cerciorarnos de la verdad. Imposible, no pudimos. Junto á la puerta había varias mujeres que lloraban amargamente: «Tenemos nuestros hijos siete horas muertos de hambre y estos



«Los no quieren abrir», decían las pobres madres. Los hombres se indignaron y empezaron a llamar en todas las puertas; vano empeño; nadie contestaba.

Las mujeres empezaron a gritar y se alzó un clamoreo general: «¡que se abran las puertas, que se abran!», y, nada; nadie hacía caso.

Por fin, y por una de aquellas ventanas sale un jesuita. Silencio sepulcral. Un obrero se descubre con respeto y dice: «Padre, en nombre de Dios y nuestros hijos, os pedimos que se abran las puertas para alimentar á esas pobres criaturas.» Contestación del jesuita: «Cuénteselo á su abuela.» Cierra la puerta de la ventana y se retira; y ante a quel escándalo acude el sargento de la guardia municipal. «Silencio, señores», dice al público. Llama á la portería principal; sale un hermano por la ventana; el sargento se descubre y dice: «Un recado de...»

No pudo continuar; el sacris se había retirado dejando al sargento con un palmo de nariz. Nuevas protestas, nuevo escándalo, gritos ensordecedores, llanto de las madres, y en medio de aquella espantosa confusión, se abren las puertas del templo y salen multitud de criaturas diciendo: «mama, pan; mama, agua; *teno fio, teno hambe*».....

El obispo había comido opíparamente; los jesuitas habían hecho lo mismo; pero en cambio habían pasado hambre y sed espantosa unas inocentes criaturas, víctimas del fanatismo de sus padres.

«Dejad que los niños se acerquen á mí...»

¡Qué manera de imitar al Crucificado tienen estos déspotas fariseos!

EL TRUENO

Orihuela.

## Los de tanda

«Se ofrece á mi vista—decía el cura—algo que contrista mi ánimo. En este templo, antes rebosante de público selecto y escogido, se notan espacios vacíos...»

Que trascienden al cepillo, debía haber continuado. Porque no son los *claros* del atrio los que duelen, sino los de la cajita de las ánimas. Llénese ésta aunque se vacíe la iglesia, y se verá como no protestan los predicadores.

Así lo deja entender el que me ocupa al decir aquello de «público selecto y escogido» que es el que paga bien misas y sermones aunque no acompañó á Jesús en su postulado.

¿Qué sería de la iglesia, aunque se llenara á diario, si la concurrencia era de gente pobre?

«Y es que—continuó el páter—la prensa impía extiende su ponzoña por todos los ámbitos.»

Son, señor cura, los órganos de que se vale el Infierno para anunciar la buena nueva que nos prometió el cielo hace dos mil años, sin que haya llegado aún, á pesar del tiempo transcurrido, de las seguridades dadas y de los miles de millones que nos tomaron á cuenta de tanta ventura... prometida.

Luego la emprende con los jóvenes de ambos sexos, pues que por los dos

muestran predilección ciertos oradores, y...

Veamos lo que dice:

«Esos jóvenes ebrios y siempre en acecho para intranquilidad de la inocencia, que se pasan apoyados sobre los portales el tiempo que deben al recogimiento...»

Esos jóvenes... no quieren imitar á los frailes en cosas de amor y se contentan con *pelar la pava*. ¿Puede darse ocupación ó entretenimiento más inofensivo?

«Y aún queréis—añade—vivir sin trastornos ni calamidades?»

¡Cómo! ¿Pero es que hay quien quiere vivir sin calamidades ni trastornos? Eso equivaldría á querer vivir sin frailes y curas, y hasta el presente no sé que ese deseo se haya hecho tan ostensible como conviene al que quiere vivir sin trastornos ni calamidades.

«Y vosotras—párrafo final—jóvenes inconscientes que dejáis de venir al sermón para solazaros con los susurros de un amor mentido: pensad que cada hombre lleva dentro una fiera.»

Ya lo dijo, *concretando*, no recuerdo quien: «Todo español lleva dentro un fraile.» Y menos mal, añadido yo, si solo lo lleva dentro del cuerpo, en donde, por lo reducido del aposento, apenas si pueden revolverse. Lo peor es cuando se llevan á la espalda.

Porque...

¡Dios nos libre de tales... cercos!

También estoy conforme con lo de llamar *mentido* el amor con que se arrullan los jóvenes de Terena; pues el amor, para ser *verdad*, de resultados *positivos*, ha de parecerse al que brindaba á algunas beatas valencianas el *padre* y *profeta* Yohel, célebre en Valencia por sus aptitudes *prolíficas*.

PEDRO MARTÍNEZ



## La Cárcel Modelo

Si se abriera una información verdad, y las inmundidades y los crímenes que se cometen en esos antros que se llaman Prisiones afflictivas se llevaran á los folios de un proceso, los jueces se verían en gran aprieto al dictar la sentencia, por no existir en el Código Penal artículo que sea lo bastante duro para castigarlos.

La opinión pública, que se va interesando un poquito en lo que ocurre en cárceles y presidios, es la llamada á juzgar en definitiva el pleito que se ventila.

El MOTÍN se ha ocupado varias veces de las cosas de Prisiones, sin que el Sr. Nivarro Reverter se dé por enterado. Vamos á ver si ahora da fe de vida.

Lo que ocurre en la llamada Cárcel Modelo de Madrid, si ocurriera en Fran-

cia ó Inglaterra, por ejemplo, sería bastante para *dimidir* á ese Director general.

Dejaremos para otra ocasión el *tratamiento progresivo* que se aplica á los reclusos, para ocuparnos hoy del que reciben los empleados subalternos.

De una carta recibida en EL MOTÍN, escrita por un empleado, entresaco estos párrafos:

«No deja de causarme extrañeza que EL MOTÍN, tan amigo de defender á los desvalidos, humildes y menesterosos, no se ocupe de los pobres ¡y tan pobres! vigilantes del Cuerpo de Penales que han tenido la desgracia de ser destinados á prestar sus servicios en la Cárcel Modelo de esta corte.

Para que tenga una pequeña idea de las iniquidades que con ellos se cometen, á continuación relato algunas.

Desde el mes de Junio próximo pasado, fecha en que tomé posesión el actual director, el servicio que hacen los empleados es de treinta y seis horas, en las cuales sólo se le permite descansar cuatro, tirados sobre inmundos jergones.

Cada diez ó doce días tenemos uno franco, y cada dos domingos, uno.

Al que se retrasa cinco minutos de la hora señalada para entrar de servicio, se le imponen guardias de castigo, y al que protesta se le forma expediente, ó se le traslada.

Si falta al servicio ó enferma un empleado, se queda otro en su puesto, aunque tenga que permanecer en el establecimiento sesenta horas, como ha ocurrido varias veces.

El empleado que enferma tiene que saber que va á ponerse malo una hora antes de entrar de servicio.

La educación ha desaparecido entre nosotros por completo, pues los jefes se valen de groserías para tratar al personal subalterno.

Otras *cositas* pudiera relatarle, pero lo dejaré para otro día.»

El primer comentario que se me ocurrió al leer los párrafos transcritos, fué este:

Cuando fué nombrado director de la Cárcel Modelo D. Rafael Salillas, todos los empleados tenían antecedentes de él y sabían que su nombramiento fué hecho para ver si se dignificaba al preso, endulzando algo su situación, y se remediaba un poco la situación precaria que atravesaban los empleados. ¿Y qué ocurrió? Que los empleados subalternos se pusieron al lado de los que preconizan la corrección del delincuente por los procedimientos de la tuberculosis, los *grillos*, las cadenas y los imprescindibles *cabos de vara*; que, combatido por todos, salió Salillas de la Cárcel, y que ahora se acuerdan los subalternos de que EL MOTÍN defendió siempre las causas justas, y lo encargan de su defensa; defensa que debieran tomar los tres periódicos profesionales con que cuenta el Cuerpo de Prisiones, pero que acepta EL MOTÍN con mucho gusto, por ser justa. •

Y la comenzamos diciéndole al ministro de Gracia y Justicia:



«Algunos empleados de los que prestan sus servicios en la primera prisión de España se mueren de hambre.

Ahí va una prueba concreta.

El vigilante de la Prisión celular de Madrid, D. Eladio González, que presta su servicio en el departamento de sótanos, sufrió hace días un *ataque* al recibir una tarjeta de su esposa en la que, según sus mismos compañeros, le decía:

«HOY NO TENGO UN PEDAZO DE PAN QUE DAR A NUESTROS HIJOS...»

Y ahora una pregunta, señor ministro:

¿Está ese empleado en condiciones de prestar cuarenta y ocho horas de servicio, no comiendo? ¿Es esa la reforma penitenciaria que se ha implantado en España? ¿Dónde está el *régimen progresivo*? ¿Y para llegar á esta conclusión fué arrojado de la Cárcel Modelo D. Rafael Salillas?

Si los empleados supieran defender sus intereses, ya se hubieran presentado á usted, y le hubieran dicho:

«Excelentísimo señor: Venimos á protestar ante V. E. de las infamias que con nosotros se vienen cometiendo por unos cuantos señores que quizás debieran estar de internos en un presidio. Y hablamos así, porque venimos decididos á jugarlos el destino que nos da lo suficiente... para ir muriéndonos lentamente de hambre, sin poder siquiera quejarnos ante la opinión pública, que nos niega su apoyo por estar en autos de os crímenes que se cometen en nuestras cárceles y presidios, crímenes que nosotros hemos pretendido evitar por el buen nombre del Cuerpo.

Reciente está lo ocurrido en el Penal de Burgos. ¿Y qué medidas ha tomado la Dirección general? Ascender á don Eduardo Méndez, autor material de lo allí ocurrido, y mandar á Burgos un inspector en averiguación de los hechos, como si lo ocurrido fuese desconocido por el Sr. Navarro Reverter. Y mientras se da *tapadera* á esos crímenes de lesa humanidad, á nosotros se nos traslada, sentenciándonos á morir por consunción, por no tener ningún amigo contratista de víveres que nos facilite dinero para los gastos del viaje.

Ya sabe V. E. lo que pasa, y que estamos dispuestos á jugarlos el destino, pero también á hablar claro; y el día que tal suceda, no lo dude V. E., serán arrojados del Cuerpo especial de Prisiones el noventa y cinco por ciento de los que ejercen cargos de importancia.

No harán esto los empleados, porque la miseria enerva y acobarda; pero deberían hacerlo. Entre morirse de hambre en un sótano de una cárcel ó en una cueva de los desmontes que circundan la de Madrid apenas hay diferencia; y la poca que existe, es en favor de ésta última: se muere con más dignidad.

ANSELMO SANTA CATALINA



## Matrimonio civil

El día 4 de Febrero se celebró el de nuestros amigos Jos: Ransa y Loreto Monclús, siendo testigos Pedro Urrea y el que suscribe.

Acompañó á los contrayentes al Juzgado todo el partido republicano de esta población (unos doscientos hombres y cien mujeres), entre ellas muchas solteras, con su bandera y su música, resultando un magnífico acto de emancipación, y sembrando semilla que seguramente fructificará.

RAMÓN PLANA

Ballobar.



## LA CRISIS DEL PROTESTANTISMO

Todavía anuncian, y tal vez preparan, los jóvenes protestantes alguno que otro mitin, la segunda ó tercera moción escrita al gobierno en pro de la libertad de cultos.

Labor inútil, puesto que el movimiento que es capaz de producir pecará de exiguo, y, aun cuando alcanzara más considerables proporciones, no hay Ministerio alfonsino que se atreva á llegar hasta esa libertad que disfrutaban la China y la misma Turquía.

¿Y para qué desearán esos evangélicos la libertad de cultos? Ellos, por su parte, ya disfrutaban mucha más holgura de la que necesitan para lo que hacen, que cabe expresar con uno ó varios cerros sin compañía de cifra significativa alguna. Eso mismo, es decir, nada, hicieron en los siete años de absoluta libertad de cultos y de todo, que les permitió venir y hacer propaganda entre nosotros.

Hoy, como entonces, abren las puertas de sus reducidas y frías capillas; celebran pacíficamente los cultos casi en el vacío; publican periódicos que ningún fiscal denuncia; sostienen escuelas, reparten biblias y folletos, y misionan á veces por los pueblos, todo ello sin fruto alguno que se haga sensible; el mismo seguramente, si no menor, obtendrían con el retorno de la plena libertad cultural y de conciencia.

Piden esta libertad, hay que decirlo todo, para no malquistarse aquí más que ya lo estaban, con los elementos avanzados, y para que se vea en el extranjero, de donde vienen los recursos pecuniarios, harto exigüos, que esos pastores representan algo y no quedan del todo extraños al movimiento de opinión progresiva.

Los jóvenes acaso esperen que la libertad de cultos reporte á su confesión más seguridad en el misionar y distribuir libros por provincias, más garantías á sus escuelas, y, respecto del público, acaben los temores que le retraen de manifestar su interior apartamiento de la Iglesia romana y de proceder en materia religiosa con arreglo á su conciencia.

Ilusiones: porque, aun obtenido todo eso, el número de evangélicos no crecería. El Protestantismo hace muchos años que fracasó definitivamente en España, y sólo de su torpeza atávica y tozuda fué la culpa. No nos conocía, ni se daba cuenta de las condiciones generales de la ley de la racionalidad y del sentimiento en los pueblos latinos; ¿qué digo?, en todos los del mundo; ni de la característica de los tiempos presentes, ni de nada.

No hay absurdo más grande que figurarse posible un cambio de creencias por impulso del convencimiento en gentes que no conocen los dogmas de la religión mecedora de su cuna; que la aceptan porque la profesaron sus padres y por movimientos del corazón, sin que intervenga la cabeza; y casi desconociéndola, ¿cómo han de compararla con otra nueva y exótica, predicada por extranjeros y reconocer que esta nueva es superior y deben abrazarla? Lo que se desconoce no se analiza ni se compara; lo que se siente no se discute.

Y llamar á las puertas del sentimiento religioso de nuestra raza, los protestantes no supieron: predicaban, procedían y practicaban el culto á la inglesa en plena tierra de las formas sin esencia, del teatralismo religioso de reata, sentimental y vacío de todo raciocinio. Ni siquiera aprovecharon el blanco que les ofrecían la ignorancia, la inmoralidad y el despotismo endémico en el clero papista.

Donde hay muchos y grandes templos bien adornados y provistos de elementos atrayentes, deleitantes de los sentidos, excitantes de la curiosidad, del instinto artístico y de la sensiblería, ofrecer pequeñas capillas desmanteladas, vírgenes de toda belleza y arte y teatros de una ritualidad glacial, monótona y seca, es ir derechos al fracaso.

La raza española no concibe la religión sin torres y campanas, sin música, incienso y ornamentos lujosos, siquiera aparentemente, y sin artificio teatral de luces, flores, colgaduras, ceremonias escénicas y efigies impresionantes.

Al amparo de tales recursos podéis predicarle al español, hombre ó mujer, la doctrina de Arrio, la de Nestorio, la montanista (hoy es esta cosa corriente en los pulpitos), la donatista y la misma Reforma protestante: todo lo aceptaré; sin dicho aparato excitador de sensualidades y gustos, rechazaría al propio Jesús ó á San Pablo la doctrina católica más pura.

Los protestantes, directores desde el extranjero (Inglaterra y Alemania exclusivamente, ninguna otra nación de las que profesan la Reforma) y sus enviados, extranjeros también, desde el principio se mostraron tacaños y cobardes, además de perfectos desconocedores del alma hispana.

Por gastar poco establecieron, y establecidos siguen, sus tugurios-capillas en los sitios menos céntricos; y casi ocultos ó sólo visibles por simples rótulos ó pequeñas cruces. A los que reclutaron aquí para el oficio de pastores pagábanles mezquinamente y los trataban con despego desdeñoso, denunciador de mal oculta desconfianza. Porque hubiera costado algún dinero la enseñanza que se dió á los que la necesitaban, por no proceder del clero católico fué en extremo deficiente, y así dió ella los frutos.



¿Cómo realizaron la propaganda entre españoles? Igualmente que entre zulús. No conocían otro medio que repartir biblias y evangelios. Poner en manos de un católico ignaro, cual lo son casi todos los nuestros, una biblia, vale tanto como invitarle á que la tira y desprecie al que se la regaló. Su lectura, pesada é indigesta aun para los espíritus educados, lo hará todo menos excitar la razón á comparar entre culto y culto y distinguir los errores del católico.

¿Misiones por los pueblos? Sí; mas poco ó nada fructíferas. Se pretendía sustituir lo tradicional establecido con algo mucho menos sugestionante, que ostentaba exterioridades de extranjerismo, de filosofías místicas, abstrusas y de pobreza. El protestantismo no ha podido erigir iglesias más que en muy contados pueblos.

Y así estaba cuando sobrevino la Restauración; así continúa al presente, estancado, medio escondido, oscuro, terco en sus rutinas, cada día más pobre, más estéril; y como ni pincha, ni corta, ni da, ni quita, ni representa nada y le han conocido que tiene envidia y miedo á la Iglesia católica, tan cobarde como ella es, y tan desprestigiada como está, el protestantismo se ve despreciado por las masas; si éstas emigran del gremio papal, se dirigen camino del racionalismo ó de una idea cristiana tan amplia que se deja cien leguas atrás á las de Lutero y Calvino.

Así, á grandes rasgos, esta es la situación, estas las causas de la crisis protestante, lógica y fatal. Ya iremos examinando los detalles que no carecen de entidad, y producirán, conocidos, muy provechosas enseñanzas.

JOSÉ FERRÁNDIZ

## Un obispo de Barcelona excomulgado por San Pablo

### Hechos

He aquí la carta de una parienta del obispo Laguarda, según la publica la prensa de la ciudad condal:

«A mi estimado primo doctor José Laguarda, obispo de la capital de Barcelona.

Me alegraré que al recibo de la presente te halles en la completa salud que para mí deseo; la mía, regular á la fecha, á Dios gracias.

Estimado primo: Esta sólo sirve para que te enteres de que hace ocho meses que no me dan audiencia para verte. Iba á hablarte de mis necesidades; pero el mayordomo de tu cántara me dijo una vez, con tono de sagradable, que no te podía ver. Yo le dije si él sabía quién era yo, y él me contestó que no le importaba el saberlo ni si era yo tu prima, ni á que iba yo á palacio. Parece mentira que casos como este sucedan en casas tan santas que tantas limosnas recogen para los pobres, y tu prima tuviera que bajar aquellas escaleras llorando, sin más consuelo que el de Dios y el que tú me pudieras dar.

Luego, después de mucho tiempo, pasado esto, fui siete veces más, y el

que recibía las visitas nunca me dejaba entrar, y siempre me pasaba en razones y haciéndome hacer muchos viajes, costándome un disgusto cada vez, hasta que, por fin, me desengañé de no ir más. Tú debes recordar que hace once meses que te hice dos visitas, y te conté mi triste situación de no tener trabajo y el marido enfermo, y de aquella fecha tu prima también está enferma de tanto padecer.

Por fuerza, nada te pido; tu conciencia es muy santa. Esta carta la pongo así para que te puedas enterar, en vista de que las que te he mandado á ti directas de mis manos no he tenido con testación de ellas.

La gente ve que vas recogiendo tantas limosnas para esas víctimas del mar, y que tu prima, que vive en Barcelona tres años y medio, y dos que no le trabaja el marido, está en el extremo de no poder pagar el triste cuarto que tengo para dormir, sin tener á nadie más de la familia que el obispo, que por donde quiera que voy me lo dicen, que eres el rey santo de las limosnas, que das tanto, y á tu prima nada le llega, teniendo la necesidad que en esta carta explica, que lo puede ver quien dude de lo que publico; no es ninguna deshonra; es necesidad que muchos tienen, lo mismo que ésta que te escribe esta carta, y lo es tu sobrina, que salud te desee para que ocupes la silla de Su Santidad para que te acuerdes de ella, si tienes voluntad.

Tu prima que te estima.

CARMEN LAGUARDA

Barcelona, calle de Juan Montjuich, número 4, piso segundo.»

### Derecho

*Si quis SUORUM et præcipue domesticorum CURAM NON HABET, FIDEM NEGAVIT, ET EST INFIDELI DETECTOR.*

«Si algún cristiano olvida el cuidado de los suyos, y principalmente de los de su casa, por ello sólo niega la fe y ES PEOR QUE EL INFIEL.»

SAN PABLO,

Padre y fundador de los obispos y jefe del obispo de Barcelona.



## CONSULTA

SOBRE EL BAUTIZO DE UN NIÑO CONTRA LA VOLUNTAD DE SUS PADRES

*Fuensanta de Jaén.*—Hace trece meses dió á luz un niño la esposa de un compañero nuestro, y no fué bautizado.

El 4 de Febrero, una señora, madrina de boda del matrimonio, á espaldas de los padres, cogió al niño, lo llevó á la iglesia y el párroco lo bautizó.

¿Quién es el responsable del hecho, el cura ó la señora?

¿Podrá el padre del niño querellarse ante el juzgado?

Fué hecha esta consulta á un aboga-

do de esta corte, y la evacuó en la forma siguiente:

«No vemos que sea exigible responsabilidad alguna en el caso de la consulta, al cual no es aplicable el artículo 236 del Código Penal porque no existió ningún apremio ilegítimo ni se cometió fuerza, ni se trataba de ciudadano que pudiera profesar distinta religión. El bautismo según declaró la R. O. de 8 de Noviembre de 1890 es un acto que determina derechos espirituales que sólo al bautizado corresponde renunciar por un acto de su libre voluntad cuando tenga edad competente.

La señora, en su concepto de madrina del matrimonio de los padres se creyó en el deber moral de cuidar del bautizo del niño, y el párroco no podía ni debía negarse á la administración de ese Sacramento.

To la querrela que se formule no podrá prosperar.—M. A.

17 Febrero 1911.

No cabe explicarse qué género de moral jesuítica pueda profesar el abogado que ha evacuado tal consulta.

El art. 236 del Código penal dice: «Incurrirá en la pena de prisión correccional en sus grados medio y máximo y multa de 250 á 2.500 pesetas el que por medio de amenazas, violencias u otros apremios ilegítimos, forzase á un ciudadano á ejercer actos religiosos ó á asistir á funciones de un culto que no sea el suyo.»

El art. 238, en su apartado 5.º, dice: «Incurrirá en la pena de arresto mayor en su grado máximo, á prisión correccional en su grado mínimo y multa de 125 á 1.250 pesetas, el que por los medios mencionados forzase á un ciudadano á practicar los actos religiosos ó á asistir á las funciones del culto que éste profese.»

Sobre la letra de estos artículos cabe formular este raciocinio: En virtud de los arts. 154 y siguientes del Código civil que definen los derechos y deberes de la patria potestad, contextados con la libertad de conciencia establecida en la Constitución, los padres tienen derecho á bautizar ó no bautizar los hijos, según su conciencia; y mientras dure la *menor edad jurídica* de los hijos, los padres asumen y ejercitan los derechos de la *personalidad civil*, y, por tanto, religiosa, de aquéllos.

El art. 155 del Código civil define expresamente el deber de los padres de tener los hijos en su compañía, de educarlos é instruirlos con arreglo á su fortuna, y supuesta siempre la conformidad de su conciencia.

El hecho, pues, de bautizar á un niño contra la voluntad de sus padres constituye un delito de usurpación del derecho de la patria potestad, por la parte que le amaremos puramente *civil*; el cual delito queda especificado en lo *penal* por los dos artículos precitados.

El «apremio ilegítimo» de que se ha valido la E-tropajosa, no puede ser más notorio, á saber: el arrebatar el hijo á



los padres para fines contrarios á su voluntad, aprovechando la inconsciencia y la indefensión del niño, no sólo para hacerle *asistir y practicar* un acto religioso, transitorio, contra su voluntad jurídica y auténticamente interpretada por los padres, sino para atarle á perpetuidad á una religión que por sólo el hecho del bautismo se hace dueña de la libertad del individuo, y aun de su vida si intentase alguna vez reclamar su libertad civil de emanciparse.

..

Pero... estamos en un país *concordado*, y el señor abogado ese debe saber que las *leyes de la Iglesia son leyes del reino*, y que el Estado, por virtud del Concordato, está obligado á amparar á la Iglesia en el derecho que ella misma se atribuye en sus cánones.

Ahora bien: por virtud de los cánones referentes al caso, la Iglesia, por el sólo hecho del bautizo, adquiere el dominio sobre la conciencia del niño, el cual puede arrebatar á sus padres para salvarle de la *perversidad impla* de éstos, pudiendo exigir su destitución de la patria potestad, según el espíritu *canónico* del Código en los artículos que tratan de la corrupción y abandono de la educación de los hijos.

No solamente es un derecho de la Iglesia, sino que si el obispo quiere cumplir con su deber, por el hecho solo del bautismo está canónicamente obligado á apartar al bautizado *hijo de la Iglesia* de la compañía pecaminosa de sus padres, pudiendo entregarlo á una familia católica ó encerrarlo en una casa de corrección.

Este es el verdadero punto de mira del delito cometido: no sólo la usurpación momentánea de la patria potestad, sino su usurpación radical.

..

Pero además de este atentado contra el padre, está el atentado contra el hijo y contra su libertad futura, garantizada por las leyes del reino.

Por el acto del bautismo, el derecho canónico, *ley del reino*, somete al bautizado á los cánones de la Iglesia. Estos, al que *abandona voluntariamente la fe cristiana profesada en el bautismo*, lo declaran *apóstata*, llamando *crimen* á la apostasia, y sometiendo al criminal imaginario á los castigos de la secta.

Equiparados los librepensadores á los gentiles antiguos, según los autores eclesiásticos, quedan sujetos por decreto del Papa Gregorio IX á los jueces eclesiásticos como herejes; y á las penas agravadas por Inocencio III, á saber: confiscación de bienes y entrega de los reos á los inquisidores para su muerte; y si se arrepintiesen, son condenados á cárcel perpetua por Gregorio IX. El código Teodosiano impone estas penas: privación de testamentación activa y pasiva, infamia perpetua y pena de muerte. La ley IV, tit. XXV, part. VII, confirma la pena de muerte y confiscación de bienes. «Nunca sea cabido, nin pue-

da aver oficio, nin lugar honrado, nin puede facer testamento.» La ley III, título III, lib. XII. N. R., declara expulsados de los oficios públicos y profesionales, aun los hijos y nietos de tales condenados. El Código penal de 1850 castiga al español que apostatase públicamente de la religión católica, con pena de extrañamiento perpetuo é inhabilitación (arts. 136 y 137).

El bautizado, por el sólo hecho de serlo, está obligado á defender este sistema penal y criminal de la Iglesia contra las limitaciones del Estado y á combatir á los gobiernos que lo cercenen.

¿Cabe mayor atentado contra la libertad de un ciudadano, que este de atarle á juramentos de secta tan tiránica?

El abogado en esa consulta habla del caso como si el bautismo concediera *únicamente derechos que sólo al bautizado corresponde renunciar por un acto de su libre voluntad cuando tenga edad competente*; pero este criterio unilateral es falso y capcioso; á la adquisición de estos derechos, precede la adquisición de deberes y la renuncia á la libertad, á la fama y á los bienes; ¿puede *esta renuncia hacerse por un acto* extraño completamente á la voluntad del individuo, y fuera de edad competente para renunciar tales derechos civiles y políticos?

Esperamos que el abogado de marras nos cite los principios éticos y jurídicos en que se funda el valor de tal *renuncia previa*, sin la cual no hay derecho de bautismo. Mucho más cuando en la jerga canónica, la renuncia de que habla el abogado, consituye un *crimen concordado* castigado con la infamia y la pena de muerte.

..

Este bautizo *por sorpresa*, en rigor jurídico-canónico-teológico puede ser equiparado al matrimonio *por sorpresa* del párroco, que el Papa, incurriendo en enorme herejía, acaba de declarar nulo, sin autoridad para ello.

Si es nulo el matrimonio *por sorpresa* en una cosa accidental, mucho más nulo debiera ser el bautismo administrado *por sorpresa* al niño, en hecho sustancial. El que debe responder á las preguntas del bautizante, *quiero, renuncio*, etcétera, es el niño, y en su representación el padre ó padrino que ejerce su personalidad en nombre de los padres. Si otro cualquiera responde por él, es como si respondiera el asno del vecino.

Es de esperar que el Estado se preocupe urgentemente de poner término á este sistema bárbaro. En poco tiempo hanse registrado varios casos de esta índole. Los católicos españoles parecen volver á aquel furor que les poseyó en los primeros siglos de fanatismo, en que se servían de estas leyes concordadas para bautizar los hijos de los judíos contra la voluntad de sus padres, á fin de robárselos á éstos, de cuyos crímenes anduvo llena España, y á cuyo abuso hubo de poner coto la misma Iglesia.

¡Que en pleno siglo xx hayamos de ser juguete de las barbaridades de aque-

llos imbéciles obispos que declararon válido el bautismo de los niños, y que nuestro Tribunal Supremo se haya de ocupar en deshacer los enredos legales de aquella estúpida legislación!

El caso es de una gravedad excepcional: trátase del *derecho de la paternidad*.

No merece llamarse Estado legalmente constituido una nación en cuyas leyes no se halla garantizado y claramente definido este derecho elemental; y la mayor prueba de que tal Estado está en plena barbarie, es la respuesta de ese abogado, que no halla en su caletre jurisperito medio hábil de castigar un hecho que entraña la pérdida de la patria potestad y el robo del hijo al hogar paterno.

A este paso, bastará que frailes y monjas salgan provistos de una jeringa llena de agua y esperen á la salida de la escuela los hijos de padres librepensadores, jeringándoles el bautismo; á renglón seguido el obispo puede reclamar *legalmente* la patria potestad sobre la educación de los bautizados y encerrarlos en sus ejemplares asilos. No empecé que sean nacionales ó extranjeros; la Iglesia es católica; ante ella no hay derecho nacional. En cayendo en España un chino, un moro ó un protestante, habrá de encerrar á sus hijos dentro de una caja de porcelana para salvarlos del jeringazo... *concordado*. Tal es el derecho nacional vigente, según el abogado de autos, contra el cual nada es posible hacer hasta que los jeringados en la infancia lleguen á la mayor edad, en cuyo caso, si tratan de desjeringarse, el Concordato demostrará al abogado el derecho de la Iglesia á achicharrar al apóstata en pleno Colegio de abogados.

..

Concretando la respuesta, el acto de bautizar á un niño contra la voluntad de sus padres, es por muchos conceptos delictuoso. De él es responsable no sólo la persona que lo lleva á bautizar, sino también el cura que á sabiendas del delito se presta á bautizar, quebrantando los cánones que lo prohíben y castigan, pues al devolver el niño bautizado á los padres impíos, expone el sacramento á profanación (jerga canónica). Y el abogado que no vea estos delitos es porque no entiende de cánones ni de leyes y debió haber sido reprobado en el título de licenciado en Derecho.

..

Y por fin: si el tribunal no hace justicia, el *padrino*, con el hecho del bautizo, ha contraído *parentesco espiritual* y con él los deberes de instrucción y manutención del chiquillo. Así lo manda la Santa Iglesia infalible.

..

Al cerrar el número se recibe la *segunda consulta* á otro abogado de Madrid, que no desvirtúa lo que va dicho. En el número próximo saldrá comentada debidamente.



## SEVILLANAS

Papá—ha dicho mi hijo (un rubillo de seis años) entrando en mi despacho; —vengo del colegio (hace tres días asiste en clase de alumno á una escuela de las que costea el Estado) y quiero enseñarte el libro de Historia Sagrada que me ha entregado hoy el maestro; es muy bonito; verás que láminas más preciosas tiene. Además, me ha dicho el maestro que me aprenda pronto las lecciones que contiene y me regalará una medallita con el corazón de Jesús.

Después de expresarse en éstos ó parecidos términos, con esa encantadora ingenuidad de la infancia, mi hijo, al que he besado en sus mejillas de rosa, ha puesto en mis manos el libro de Historia Sagrada y sin aguardar á conocer mi opinión, le he visto marcharse alegre y satisfecho. Intrigado con el título del libro he tratado de averiguar las materias en él contenidas.

Primeramente he querido conocer el nombre de su autor, que ha resultado ser el abate Freury; está editado en Madrid por Saturnino Calleja, y sirve de texto en los colegios de 1.ª enseñanza.

Más tarde, he abierto el libro y en una de sus páginas, la 28, he leído:

«Esta alianza fué confirmada con la sangre de las víctimas y Dios la cumplió fidelísimamente, pues hizo retroceder el Jordán hacia su origen, detuvo el curso del sol y de la luna.»

La página 39 explica:

«Que tal fué Elías que para demostrar que hablaba de parte de Dios, daba vista á los ciegos, habla á los mudos, oído á los sordos, y resucitaba á los muertos. Detuvo la lluvia por tres años y medio, hizo otros muchos milagros y por último fué llevado al paraíso y todavía vive.»

Huyendo de este enemigo de Gasset, tropiezo con esto en la página 77:

«Habiendo muerto Jesucristo, su cuerpo fué depositado en un sepulcro, pero, al tercer día, salió vivo y glorioso del sepulcro.»

De la página 100 copio textualmente el siguiente párrafo, que se lo brindo al amigo Ferrándiz, por si él, tan versado en cosas de religión, logra entenderlo.

Oído á la caja:

«El padre ama á su hijo, el hijo ama á su padre, y este amor es el espíritu santo que procede del uno y del otro y es igual al uno y al otro; hay pues en Dios un padre, un hijo y un espíritu santo. El uno de los tres no es el otro y cada uno de los tres es Dios como los otros dos, pero los tres no son más que un mismo Dios, pues de otra manera no sería soberano.»

Seguramente se podrían tostar castañas en la calabaza del abate Freury, cuando terminó de dar á luz esta parrufada.

Abrumado con la cita de tan enigmático rompe-cabezas no he querido leer más; he arrojado el libro al fuego y he escrito así al profesor de mi hijo:

«Señor Profesor.

Si el aumento de sueldo que tanto usted como sus compañeros de magisterio piden con tanta insistencia al Estado, obedece al deseo de obtener mayor suma de facilidades con que poder atrofiar los tiernos cerebros infantiles, con lecturas como las contenidas en el libro de Historia Sagrada á cuyo estudio pensaba usted someter á mi hijo, habría que declarar benemérito de la patria al ministro que de una plumada rebajara el sueldo de usted á la cantidad de treinta céntimos diarios, importe de un pienso ordinario en cualquier posada.

Con ese pienso tendría usted, si no lo bastante para su nutrición, al menos lo suficiente para conservar sus facultades en disposición de poder explicar á los infelices niños sujetos á su férula, las mil burradas de que está plagado el libro con que pretendió usted enlodar el tierno corazón de mi hijo.

Después de estas manifestaciones, considero inútil advertir á usted que mi hijo no volverá á esa escuela. Memorias al abate Freury, y cuando muera este señor, si es que vive, no se olvide usted de mandarme la zalea, como recuerdo de tan peregrino ingenio.»

He mandado esta esquela al maestro y he inscrito á mi hijo en clase de alumno en un colegio laico.

E. GIMÉNEZ MONROY

3 Marzo 1911.

## Las misas de don Progmacio

Faltaba un cuarto para las nueve, la hora tan impacientemente esperada, y me lancé por las oscuras calles del pueblo conmovido por la emoción de mi conquista.

Mi conquista era Petra, el ama del señor cura, mujer más metida en carnes que en años, de discutible belleza en su rostro, pero de cuerpo codiciable para la mayoría de los hombres, que apreciamos más la cantidad que la calidad.

Parecía mentira, pensaba caminando, que un hombre tan excesivamente tímido como yo, hubiera logrado este triunfo. Verdad es, que ella estaba loquita por mis pedazos y me había facilitado el camino de tal modo... Por supuesto, que este pecadillo así se lo confesaría yo al bueno de don Progmacio, como ahora llueven chorizos...

Bien pronto llegué á la casa; examiné el terreno, que estaba completamente libre de importunos y tosi levemente. Una ventana se abrió dejando pasar la luz del interior, volvió á cerrarse y repitió la misma operación durante tres veces. Era la seña convenida.

Con el corazón dando brincos me escurrí pegado á la pared, llegué hasta la puerta, empujé debilmente y me colé con rapidez en aquella oscuridad.

Sentí una masa de carne que se me venía encima y comprendí que se trataba de los brazos de mi amada. Silenciosamente me dejé conducir, con mis nervios excitados por un miedo semejante al que siente el ladrón en casa

ajena. (Los ladrones que me hagan el honor de leerme, comprenderán perfectamente cual era mi estado.)

Una alcoba iluminada por un quinqué fué el término de nuestro viaje, y en ella quizás olvidé los peligros que corría, gracias á ciertas distracciones que no son del caso referir.

Sin embargo, á pesar de las distracciones, y aún teniendo presente la tranquilidad completa de Petra y sus seguridades de que D. Progmacio jamás volvía á su casa hasta después de las diez de la noche, mi sobresalto era grande y casi deseaba salir corriendo de aquella casa en donde disfrutaba de lo ajeno.

En esto, unos golpes dados en la puerta me dejaron más frío que el hielo. Petra pareció asustarse menos.

Rápidamente compusimos algunos detalles de nuestra indumentaria, un poquito incorrectos, y sin decir palabra me cogió mi amada por una mano y me llevó á una sala, en donde me dejó sentado en una silla. Yo ni siquiera traté de preguntar la razón de mi traslado; en aquel momento carecía de voluntad, de inteligencia y de palabra.

Llegó hasta mis oídos la voz de don Progmacio, que preguntaba el motivo de la tardanza en abrirle y la voz de Petra que le anunciaba nada menos que una visita. Reuní toda la serenidad que pude y esperé los acontecimientos.

No bien cambiamos los primeros saludos, cuando Petra tomó la palabra y dijo:

—Este señor hace un ratito que espera. Vino á encargarme á usted cinco misas y yo le dije que aguardara, pues no podía usted tardar mucho.

—Perfectamente,—contestó el cura,—de modo que ¿cinco misas?

—Si señor, cinco,—dije yo admirando el ingenio de mi Petra y la candidez de mi párroco, y aún estuve por añadir alguna misa más, por lo bien que iba á salir del paso.

Me preguntó el nombre de á quien iban á ser aplicadas, le dí el de un pariente que acaso haya salido del purgatorio á estas horas gracias á mi aventura, y me marché de la casa cariñosamente despedido por D. Progmacio, después de entregarle las diez pesetas importe de mi encargo.

Al día siguiente, no bien entré en el casino, llovieron sobre mí chirigotas y burlas que aludían muy directamente á mi conquista. En estos pueblos chicos ¡cualquiera hace nada sin ser visto!

Algo amostazado negaba rotundamente, hasta que mi cara fosca impuso el silencio á los deslenguados.

Momentos después, y olvidado aquel asunto, cuando más embebido estaba en una difícil jugada de tresillo, uno de aquellos graciosos me dirigió con naturalidad la siguiente pregunta:

—¿Cuántas misas pagaste?

—Cinco—dije distraídamente dando al traste con todo el secreto.

Una carcajada general me hizo ver la imbecilidad de mi respuesta, pero ya aquello no tenía posible arreglo.

Después me enteré que todos habían pagado sus misas, y hoy tan vulgar es el caso en mi pueblo, que hay quien hace visitas al señor cura para encargarle ¡tan solo una misa!

ANTÓN ZOTES



(FOLLETÓN 86.)

## LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR

### OFFENBACH

cuando tienen hambre, todo aquello en que puedan hincar el diente.

Una vez hechas, sin resultado, cuantas diligencias fué posible efectuar para hallar al niño, hubo que estudiar y discutir el caso al efecto de ver quién y cómo había de indemnizar á la mujer de la pérdida del hijo. Y aquí se ofrece á la consideración del lector una nueva semejanza y otra nueva superioridad de costumbres de aquellos aborígenes.

Fué el caso, pues, que se convino en que los de Bunche y los del pueblo en que ocurrió el triste suceso, se reunirían en otro intermedio; Santome, bajo la presidencia del alcalde de éste, y con asistencia de sus moradores, que habían de fungir de árbitros si era necesario. Y, efectivamente, vióse el día señalado venir hacia Santome á los del pueblo de la ocurrencia, correctamente formados y armados de escopetas, y llevando á su frente á Nguazza, el jefe, cabalmente el pariente de la mujer de que se trata, á quien parece que ésta había ido á ver con preferencia. Muy poco después se presentaban por el opuesto lado los de Bunche, igualmente armados, y capitaneados por su jefe, el valiente Bumayo, también pariente de la mujer, tan pariente como que era su marido. Y ya todos reunidos, pues los de Santome estaban desde temprano preparados y listos, se sentaron en dos filas, en medio de la calle, bajo la presidencia de la autoridad del punto. Comienza la sesión. Concédese la palabra á Bumayo, el cual se levanta, y, en un momento, haciendo una señal en el duro suelo para marcar el sitio que había de servir de tribuna, queda ésta, en virtud de esto, construida, si nos es permitido decirlo así. Y desde aquella tribuna, el valiente y elocuente Bumayo pronunció uno de los más brillantes discursos que en territorio de la monarquía española han sido nunca pronunciados. Moret habría parecido una mujer, una Sara Bernhard al lado y en comparación de aquel orador enérgico y viril. Si, si; cualquiera le quita airadamente a Bumayo la presidencia del Consejo de ministros si llegara á tenerla. Porque ha de ad-

vertirse que lo que le habían quitado no era más que la mujer, cosa allí de poca importancia (otro signo de superioridad), y se la había quitado Nguazza, contra el cual pronunció la catilinaria más tremenda y más movida que puede imaginarse, y al fin de la cual... ¡purrrum!, una descarga de sus parciales, que allí sustituye á las femeniles y pobremente sonoras palmadas que tanto prodigan los españoles civilizados. Allí, allí está el pasado, un pasado relativo y aun quizás absolutamente grandioso de la actual monarquía española, y á eso tiene que volver si quiere emprender el mejor y más seguro camino de regeneración.

A continuación de Bumayo habló Nguazza, un pamue que, por lo visto, ha estado en España, ó, cuando menos, ha tomado la guasa de sus compatriotas de este lado del Estrecho. Porque ¿cree el lector que se fué derecho á contestar y destruir los graves cargos que Bumayo le había hecho? ¡Cál! Si parecía que estaba en el Congreso, en Madrid. Lo primero que hizo fué decir que Bumayo era parte interesada (no lo había de ser), que estaba ó había estado casado con la mujer en cuestión, y que, por tanto, él sabía que nada de lo que dijese le serviría de nada, por estar la asamblea prevenida contra él (contra el Guasa). Después, siempre con mucha elocuencia y mucho meneo, trató de salir del lance explicando ó queriendo explicar su proceder, y, al terminar, otra vez ¡purrrum!, sólo que, naturalmente, ahora eran sus parciales, no los de Bumayo, los que aplaudían, es decir, los que disparaban.

Así que hubo hablado Nguazza, y su gente ap'audido á tiro limpio y descarga cerrada, hubo un «balele». Que sea un balele el autor de esta historia no lo sabe bien, pero tiene entendido que es un gran tumulto bulable ó bulado, y también con aplausos de los usados por allí. Y después del balele, vuelta á deliberar. En España, de todo ese procedimiento no habría salido nada, como no fuese algún muerto y unos cuantos heridos. Pero estamos en la Guinea, estamos entre pamues, y allí sí que puede decirse que de la discusión nace la luz, y aun que nace de la confusión y estrépito y bullo; pues la asamblea no tardó mucho en reso ver por unanimidad, entendiéndose bien, por unanimidad (¡admirables pamues!), que Nguazza había hecho mal en detener á la mujer cuando Bumayo había enviado por ella; que era, por consiguiente, el causante de

la pérdida del niño; que había de pagar por éste una cabra, y que sin dilación enviase á Bunche otra vez la mujer en cuestión y el hijo que le quedaba.

La verdad es que algunas de las prácticas de los pamues debían conservarse ó introducirse en la monarquía española, esto es, en la península, pues de la monarquía española ya forman parte integrante los pamues. Así, por ejemplo, cuando el Sr. Marqués de Alhucemas, el ministro de Estado que concertó con el Mokri el tratado número mil y tantos entre ambas monarquías, la española y la marroquí; cuando el señor Marqués de Alhucemas, decimos, pronunció, no en calidad de noble ni de diplomático, sino en la de jurisperito, un hermoso discurso en la Academia del ramo, y lo terminó con esta profunda observación: «¿Queréis conservar para siempre vuestra superioridad sobre la mujer? Sed superiores á ella»; decían los diarios que daban cuenta del suceso: «Las últimas palabras del Sr. García Prieto (así se llama el Marqués) fueron acogidas con estruendosa salva de aplausos». ¿Pero no es evidente que mejor que la salva dicha habría estado una descarga cerrada, á la usanza pamue, y aun quizás todavía pegaba más con bala y todo?

¿Pues y qué decir del sensato y recomendable proceder de reunirse y discutir, y no separarse sin haber llegado a un acuerdo concreto y claro, y tomado por unanimidad, y señalando, sin lugar á dudas ni evasivas, cosa tan peliaguda como la indemnización que corresponde á los perjudicados? Porque ya se había visto que á la madre del niño desaparecido se la indemnizó con una cabra. Ciertamente que una cabra por un niño no parecerá gran cosa á nuestros lectores; pero ¿no vale muchísimo más llegar, al cabo de unos cuantos discursos y un balele, á una cabra de indemnización, que estar días y días discutiendo y de la discusión no salir ni un mosquito de luz, como sucede en las otras partes de aquella monarquía?

De todas maneras, podrá ser discutible que de los antiguos pamues, de los aborígenes de la Guinea española, haya podido proceder ningún pueblo moderno medianamente civilizado; mas hallándose, como se halla, solemne y oficialmente declarado que los habitantes del uno y el otro lado del Estrecho de Gibraltar